

LAS MANOS

de José Ramón Fernández, Yolanda Pallín
y Javier G. Yagüe



*Las manos de José Ramón Fernández, Yolanda Pallín y Javier G. Yagüe
Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003.*



Cuarta pared

Relación de escenas

Escena I	Escena XXIV
Escena II	Escena XXV
Escena III	Escena XXVI
Escena IV	Escena XXVII
Escena V	Escena XXVIII
Escena VI	Escena XXIX
Escena VII	Escena XXX
Escena VIII	Escena XXXI
Escena IX	Escena XXXII
Escena X	Escena XXXIII
Escena XI	Escena XXXIV
Escena XII	Escena XXXV
Escena XIII	Escena XXXVI
Escena XIV	Escena XXXVII
Escena XV	Escena XXXVIII
Escena XVI	Escena XXXIX
Escena XVII	Escena XL
Escena XVIII	Escena XLI
Escena XIX	Escena XLII
Escena XX	Escena XLIII
Escena XXI	Escena XLIV
Escena XXII	Escena XLV
Escena XXIII	

Las manos

José Ramón Fernández, Yolanda Pallín y Javier G. Yagüe

Trilogía de la Juventud. Primera parte

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

JUAN	PACIANO
COSME	BERTA
ACTRIZ 1	ACTRIZ 2
LIDIA	QUETI
CURA	ERNESTO
HOMBRES	MUJERES
MURCIANO 1	MURCIANO 2
REMEDIOS	NIQUE
MADRE	MARCIAL
EL PORTUGUÉS	ELICIO
ALBEKRÍN	PADRE
EL DIFUNTO	

Escena I

JUAN.- La única foto que tengo de mi abuelo joven es de soldado. Negro como un tizón y con aspecto enfermizo. Muy flaco.

(PACIANO, apoyado en un árbol, lía un cigarro. A su lado, COSME está tumbado en el suelo, y duerme como un ángel. JUAN, el muchacho que viene de hacer la mili, llega caminando con su ropa de soldado desabrochada, cargando un petate.)

JUAN.- ¿Qué hacéis por aquí?

PACIANO.- Esperar a que vengas, por si se te ha olvidado el camino a tu pueblo. Tu hermana se ha quedado con el pequeño. No quería que llegases de noche sin compañía. ¿Qué tal el viaje?

JUAN.- Bien.

PACIANO.- Tiene mala sombra que la llamen «La Veloz». Estás flaco.

JUAN.- Vosotros también.

PACIANO.- Bueno, todo el mundo, pero tú estás más. En cuanto te dé el aire de tu casa te cambia la cara, que ahora no se sabe de dónde te salen los ojos.

JUAN.- He estado malo.

PACIANO.- De momento, no hace falta que te pongas a trabajar; ahora, que te quiero bien para la trilla, que para conducir a las bestias mientras pisan la parva ya vale tu hermano.

JUAN.- Menudo rapaz.

PACIANO.- Está hecho un bandido. Y bien listo que es. Les fabrica las trampas a todos los furtivos de la zona. Y ya sabe más que tú de pájaros.

JUAN.- ¿Y éste? (**Señalando a COSME.**)

PACIANO.- Está reventado.

JUAN.- Se hubiese quedado en casa.

PACIANO.- Le toca turno de riego a las cinco. Decía que así no se tenía que despertar.

JUAN.- Ya, además con las ferias... Llego el último día, ¿me habréis dejado algo de vino?

PACIANO.- Eso ni se pregunta.

(**Fuman. Huelen el aire del verano.**)

JUAN.- He visto el candel. Está muy alto. ¿Lo habéis rastreado?

PACIANO.- Tú no cambiarás nunca. Ya no hay águilas.

JUAN.- Antes había. Águilas grises. Habrá que mirar bien. **(Fuman.)** ¿Tu padre, bien? **(Silencio.)**

PACIANO.- Anda raro. Dice cosas que no se entienden. Está perdiendo la cabeza. **(Silencio. PACIANO se queda quieto, con el cigarro en la boca, mirando cómo la niebla de la amanecida se despega del suelo, adivinando el horizonte.)**
Vamos.

(PACIANO golpea con fuerza el hombro de COSME que se levanta como impulsado por un petardo. COSME ve a JUAN.)

COSME.- ¡Jilguero!

JUAN.- Jilguero tú, que te quedas dormido en una rama.

(Se besan en las mejillas. Los tres hombres toman el camino, COSME coge el petate de JUAN y lo carga al hombro, se detiene.)

COSME.- Oye, Juan.

JUAN.- Qué.

COSME.- Allí en la ciudad habrás entrado en algún bar.

JUAN.- Poco.

COSME.- **(Ilusionado.)** ¿Y has bebido *coctails*?

JUAN.- He bebido aguardiente.

Escena II

BERTA.- Antes del Chocolate Matías López. Me lo decía tu hermana. Eres el antes del chocolate Matías López. Y fue lo primero que pensé cuando te vi, el día que volviste al pueblo. Tan flaco y tan blanco. Luego me contó tu hermana que habías pasado la mitad del servicio en el calabozo, por responder, que siempre ha sido lo que te ha perdido, no callarse.

ACTRIZ (ESPERANZA)¹.- Ha sido como encontrarme una foto de mi abuela en el escaparate. Así de cercana me resultaba la frase. Nunca había visto el anuncio, en realidad. Antes y después del chocolate Matías López. Allí estaba, entre postales, insignias republicanas... es una tienda que está en la calle... cerca de Chueca. Mi abuela me lo decía cuando era pequeña. Tú eres el antes del chocolate Matías López. Pensé en comprarlo para llevárselo a la abuela, cuando fuésemos al pueblo. No lo hice. Al fin y al cabo, la abuela no se acuerda de las cosas. Ya no hace nada. Antes, cuando era pequeña, siempre tenía que estar haciendo cosas. Ahora está sentada al lado de la ventana, y hay días que no conoce a nadie. Siempre tenía que estar haciendo algo.

(JUAN con LIDIA. JUAN sentado, comiendo un trozo de pan y cortando con una navaja pequeños trozos de queso. En la proporción de unos y otros pedazos sabemos que nunca han conocido la abundancia. LIDIA está sacando las cosas del petate:, una camisa, un pantalón, una muda.)

JUAN.- ¿Te vas a poner a lavarla ahora?

LIDIA.- Cuanto antes se lave, antes se seca y antes la puedo zurcir. Tendrás que ir a la plazuela mañana, a ver si te cogen, y no pensarás ir vestido de general.

¹ Este nombre pertenece a la actriz Esperanza Elipe que protagonizó esta obra en sus primeras representaciones en el 2000. (N. del E.)

JUAN.- No, claro. (**Silencio.**) Nos sacaban a formar al patio y nos tenían allí el tiempo que les daba la gana. El patio daba al norte y el frío parecía que nos iba a cortar las orejas. Me acordé de la Queti, porque hubo uno de Canarias que se murió. Se quedó dormido en la garita y se congeló por la noche. Por lo menos eso nos contaron.

LIDIA.- Traes toda la ropa sucia y zarrapastrosa. Vaya un trato que le has dado a todo. Hay menos tela que agujeros. (**Con un balde, lava ropa, saca un calcetín destrozado.**) Por Dios bendito... (**Sigue lavando.**)

JUAN.- Te he traído un regalo. (**Saca de entre su carne y su camisa un paquete pequeño de papel marrón, que ofrece a su hermana. Son unas medias.**)

LIDIA.- Tú estás tonto. Ya me dirás dónde me voy a poner yo esto. Anda, dame un beso.

(**Tras besar su mejilla se queda mirando la cara de JUAN.**)

Estabas muy flaco y no tenías más que ojos, y los ojos estuvieron tristes muchas semanas. Todavía estás enfermo.

JUAN.- Ya estoy bien. Flojo de remos, pero bien.

LIDIA.- A lo mejor te podías quedar mañana durmiendo. (**Sigue lavando.**) Total, a la gente de esta semana ya la tienen contratada, y será mejor que cuando vayas les des buena impresión.

JUAN.- Paciano sabe que trabajo bien.

LIDIA.- Nos vendrán bien dos manos de hombre, (**Al público.**) porque en el cortijo no quedaban más que Paciano y Cosme y unos cuantos hombres más, y los viejos, y no hay brabanes, ni trilladora, ni segadora. Nos quedaba el arado y la trilla de cuando los abuelos, y el macho, que cualquier día iba a reventar de viejo, el pobre. Habíamos pasado los primeros años de sequía.

JUAN.- La pertinaz sequía, que decían en el parte.

LIDIA.- Pero este año hay faena. Más faena que gente. Las mujeres también segábamos, menos las mayores y Berta, que ayudaba en la casa de don Roberto.

JUAN.- ¿Cómo está Berta?

LIDIA.- Podías haberle mandado unas letras cuando lo de Román.

JUAN.- Escribí una carta, pero ese día me metieron en el calabozo, y para cuando salí me pareció que ya iba a ser de mala sombra andar mandando un pésame. Iré a dárselo en persona. Así que has ido a segar.

LIDIA.- Todas las mujeres nos cubríamos hasta los ojos, para estar blancas, menos la Queti que va negra como un tizón. Tenía la piel quemada y arrugas en la cara de mirar al sol de frente.

QUETI.- Las mujeres se tapaban hasta los ojos para que no les diera el sol. Yo no. A mí me decían parece una gitana y yo les contestaba que me daba igual, que para lo que me quedaba en este convento... Pensaba irme al pueblo de mi madre. Era mi secreto: Yo era una princesa de una isla y no lo sabía nadie. Nada más que mi padre y mi prima Berta.

Escena III

ACTRIZ (ELENA)¹.- (Lee como de corrido el encabezamiento.) Querida amiga: Espero que al recibo de la presente estéis todos bien en tu casa. Yo ando bien aquí... ando estos días un poco tristonera, porque es pensar que se acercan las fiestas y darme la llorera que no hay quien me pare...

ACTOR (EUGENIO)².- (Sacando de una caja de latón, o de donde sea el lugar del que sacan los recuerdos, un atadizo con cartas.) Estas son cartas de tía Berta. Se las escribió una amiga que se fue a servir a Madrid.

ACTRIZ (ELENA).- ... Es por la pena de saber que este año va a ser el primero que falte a la novena. Espero que cuando se pasen estos días tan señalados se me vaya también el sinvivir tan tonto que me ha entrado. Me acuerdo de cada cosa... como lo del día aquel que llegó tu primo Narcí cuando estábamos haciendo el envuelto y a todas nos dio la risa que no había quien nos hiciera parar...



¹ Estos nombres pertenece a la actriz Elena Benito que protagonizó esta obra en sus primeras representaciones en el 2000. (N. del E.)

² Este nombre pertenecen al actor Eugenio Gómez que protagonizó esta obra en sus primeras representaciones en el 2000. (N. del E.)

Escena IV

ACTOR.- El primo de la tía Berta se llamaba Narciso. Cuentan que en los cuatro días aquellos que pasó en la aldea revolucionó a todas las mozas.

BERTA.- Se presentó sin avisar. Estábamos aquella tarde haciendo el envuelto. El envuelto se hacía en un barreño de madera tan grande que cabíamos cuatro sentadas dentro y para que la mezcla saliera fina te rebozabas enterita. A ratos había que salirse de la estancia porque se te metía el polvillo por la garganta y no te dejaba ni respirar. Empezábamos serias, sobre todo cuando se asomaba el ama, pero a la mínima, ya nos tenías allí montando el jolgorio, primero un pellizquito y luego a puñados. A puñados andábamos precisamente cuando apareció mi primo por la puerta con su maletita de cartón marrón y el pelo engominado.

La fiesta.

COSME.- Es majo el chaval.

QUETI.- Será majo. Si tú lo dices.

COSME.- ¿No te lo parece?

QUETI.- A ver. En las capitales todos se crían buenos mozos.

COSME.- Los que tienen con qué...

LIDIA.- Te lo digo yo.

BERTA.- De lo más natural. Es mi primo.

LIDIA.- Un primo no mira así a su prima.

BERTA.- ¿Y cómo me mira?

LIDIA.- Como a un trozo de guirlache.

BERTA.- A todas.

LIDIA.- Claro, tú no te das cuenta de cómo te mira porque estás demasiado preocupada mirándole a él.

BERTA.- ¿Tanto se me nota?

LIDIA.- ¿Entonces te gusta?

BERTA.- Guapo es. Vamos, más que guapo es... muy guapo.

LIDIA.- Y espabilado. Eso se ve de sobras. Que no, boba, no es que se te note. Te lo noto yo, que te conozco. Y te lo nota él, que le salen chiribitas de los ojos.

BERTA.- Los tiene verdosos.

LIDIA.- No te digo lo que hay... Anda.

BERTA.- (Que no ha oído las últimas palabras de LIDIA.)
Cuando termine los estudios dice que se quiere venir a vivir aquí, que hay mucho que hacer en estas tierras si se tienen ideas nuevas y máquinas y... que ya me escribirá y que me contará... y que... y que...



Escena V

COSME.- Me voy.

QUETI.- Pero si vamos a ir todos al ejido, que don Roberto ha encargado una cucaña.

COSME.- ¿Y quién va a estar?

QUETI.- Pues todos. Lidia... Berta y el Narci...

COSME.- Yo no voy.

QUETI.- Pero bueno. ¿Y a ti qué te ha dado?

COSME.- Nada.

QUETI.- ¿No será por el Narci? Pero si a la que le va detrás es a Berta.

COSME.- ¿Y a mí qué? Yo me voy a ayudar al portugués con los cohetes, a ver si me saco un par de perras.

QUETI.- Entonces no me digas más. Por mí ya sabes, como si te pierdes y no te encontramos. Ya bailaré con otro.

COSME.- ¿Qué te crees?

QUETI.- ¿Yo? Nada. Tú sabrás.

COSME.- Espera.

QUETI.- Que te aproveche.

ACTRIZ (ELENA).- Mi abuelo por parte de madre se llamaba Cosme. Mi abuela Enriqueta. Mi abuelo se murió cuando yo era pequeña, di pero mi abuela sólo hace dos años y todavía la echo de menos. Parece que como los dos tenían muy mal carácter siempre estaban regañados.

(QUETI y COSME se paran; cada uno toma un camino.)

COSME.- Es por el Narci.

QUETI.- Es por la portuguesa.

COSME.- Yo de buenas el primero. Quien me conoce lo sabe.

QUETI.- Eso dicen los muchachos en la era cuando quieren chincharme.

COSME.- Yo te enseño a hacer un *coctail*, me dice el muy...

QUETI.- Por eso ya no vienes conmigo a espárragos.

COSME.- Y yo que no, que ni marrasquino, ni guindas confitadas, ni soda, ni gaitas de esas. Que aquí eso no se encuentra.

QUETI.- Ni a coger cangrejos.

COSME.- Pues ya sé, me dice el muy..., a una botella de mistela le pones unos polvos Oveca y lo mueves bien, que si son buenos para la sarna y la roña de las ovejas también lo serán para los que las cuidan.

QUETI.- Dicen todos que ha vuelto muy guapa. ¿Y yo qué? ¿Yo no soy guapa?

COSME.- Se me quedó una cara... No te pongas así, que es una broma, me dice el muy...

QUETI.- Juan también la mira. Y hasta el Nique. ¿Y mí qué?

COSME.- ¿Qué se ha creído? ¿Que puede venir a reírse de nosotros? No le parto la cabeza porque es el primo de Berta, pero a bailarle el agua no voy. A más, que en cuatro días se marcha y si te he visto no me acuerdo. Pero a mí esto no se me pasa tan fácil.

QUETI.- Y si Cosme la quiere mirar que la mire, y si la saca en el baile él verá. Más tonto es él si se cree que una moza que corre tanto le va a hacer caso. A más, que en cuatro días se marcha y si te he visto no me acuerdo. Y cuando vuelva... ya se verá.

(Cada cual sigue su camino. COSME se interrumpe y llama a QUETI.)

COSME.- Queti.

QUETI.- ¿Qué?

COSME.- Nada. Que luego te veo.

QUETI.- Pues muy bien. Y si no es esta noche pues mañana será.



Escena VI

PACIANO está sentado en un tronco de madera delante de un establo de ovejas, o cabras, tanto da. Fuma y dibuja algo en la tierra con un palo largo. **LIDIA** se le acerca por detrás cojeando, le arrebatata el cigarro de las manos y le da una profunda calada.

LIDIA.- (Tosiendo.) Dios. Y que esto os guste.

PACIANO.- Las señoritas no dicen Dios.

LIDIA.- Ni fuman. Mira tú. Pero aquí no me ve nadie.

PACIANO.- Te veo yo.

LIDIA.- Eso sí. Pero tú no cuentas.

PACIANO.- ¿Qué tal el baile?

LIDIA.- ¿Qué baile?

PACIANO.- Si serás sosa.

LIDIA.- No, que como me habías prometido que este año no faltabas y por allí no se te ha visto pues que se me había metido a mí en la cabeza que nos habíamos equivocado todos de día, y que el santo no era hoy. Y es una lástima, porque le había puesto al vestido unos puños y un cuello nuevo. Ya ves qué desperdicio.

PACIANO.- Estás muy guapa.

LIDIA.- Gracias.

PACIANO.- ¿Y qué querías que hiciera? Mi padre ya ha subido a acostarse. ¿No querrás que le tenga aquí todo el día y toda la noche al cuidado de los animales?

LIDIA.- ¿Y a son de qué tiene que ser tu padre?

PACIANO.- Pues tú me dirás.

LIDIA.- Como no hay gente.

PACIANO.- Están donde tienen que estar. Bailando, que se lo merecen.

LIDIA.- ¿Y tú no te lo mereces? ¿Y yo? ¿Yo no me lo merezco?

PACIANO.- Tú puedes bailar todo lo que quieras que yo no te quito.

LIDIA.- Desde luego es que a simple no hay quien te gane. Estoy cansada de bailar con Berta. A más, que ella está ya muy acompañada de su primo Narciso. De repente me he dado cuenta de que estaba sentada con las viudas. Y me ha dado una cosa aquí. **(Se toca el vientre. Silencio.)**

PACIANO.- Pues lo del pie seguro que te lo has hecho bailando.

LIDIA.- Me lo he tronchado adrede. Ya ves, así andamos los dos cojitrancos. Pero si quiero bailar, pues bailo. **(Da dos pasos de baile y casi se cae al suelo. Se queja sordamente.)**

PACIANO.- No es por eso.

LIDIA.- Sí es. **(Se sienta en el tronco al lado de PACIANO. Se quita el zapato del pie mancado y saca de la puntera unos trozos de periódico arrugados.)** Es que eran de mi madre y me quedan un poco grandes.

(LIDIA se levanta un poco la falda. Mete las manos bajo el dobladillo hasta encontrar la liga que sujeta la media y se la quita. PACIANO se gira para no verle la pierna. LIDIA se masajea el tobillo.)

Mira, lo tengo como un botijo.

(PACIANO mira cohibido el tobillo desnudo de LIDIA. No se atreve a tocarlo, aunque lo desea. LIDIA mira el cielo estrellado.)

Mañana calentará con ganas. Anda, baila conmigo.

PACIANO.- Te vas a mancar más.

LIDIA.- Despacito.

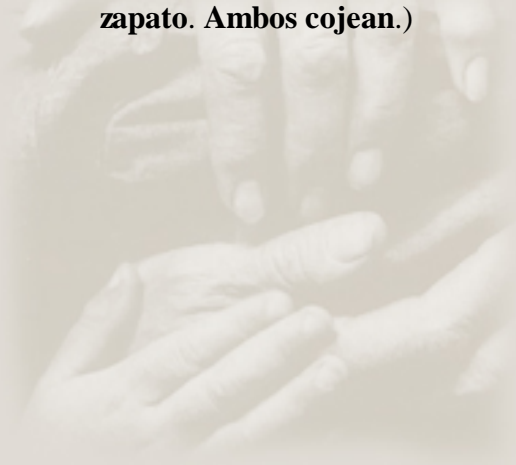
PACIANO.- No hay música.

LIDIA.- Sí que hay. ¿No la oyes?

PACIANO.- No.

LIDIA.- Pues canto yo.

(LIDIA se pone a cantar bajito sobre el hilo de música que llega de la verbena. Coge las manos de PACIANO. PACIANO mantiene la cabeza gacha. LIDIA se acerca y le da un beso en la frente. Él levanta la mirada asustado. Por fin se pone de pie y le enlaza el talle con miedo. Bailan muy despacito. LIDIA lleva puestos una media y un zapato. Ambos cojean.)



Escena VII

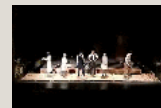
Cita de origen¹

CURA.- ¿Es que tenéis que hacer cabriolas como cualquier payaso cervecero de los de por allá? De un tiempo a esta parte todos los combinados orquestales están sacando en su repertorio piezas de *swing*, y cosas de esas... no es de buen gusto imitar a los salvajes del centro de África... Y si esos movimientos son un descarado alarde de lubricidad, qué tendremos que decir de los boleros, donde el pecado resulta el único fin. Que no os engañen estos hijos con falsas excusas: no bailan ni para relacionarse con otros jóvenes, ni para hacer ejercicio físico. Para esos fines, basta y sobra con nuestros maravillosos bailes regionales. El baile popular español reúne en la forma más pura el sentido hispano del ritmo y del movimiento, base también para conseguir una gimnasia española, lejos de esos neopaganismos que se ven en algunas demostraciones de sport. Esos horribles bailes de pareja, no son otra cosa, oídlo bien, que la antesala del infierno. En esos bailes que no deberían ser otra cosa que solazarse y dar gracias a Dios, encontramos el fermento humano del pecado, una marea negra que si no se detiene a tiempo no se podrá parar después. Se supone que estáis celebrando a vuestra patrona, y yo no consigo ver más que el ludibrio, la carne amontonada, la insolencia.

Se supone que festejáis el día y lo que hacéis es aprovechar la noche para pasear y bailar apretados, prensados, a oscuras, casi sin aire para respirar, en esa marea de carne lasciva. El único recreo que buscáis en esos bailes es el poco honesto de sentir el roce de la especie, el instinto del rebaño, mejor, de la piara. Cada paso que dais por ese camino es una espina más para el crucificado. **(Pausa. Toma aire. Mira a la concurrencia. Saca una pistola.)** Al que me encuentre esta noche por la era del soto le uso de diana.

¹ Se consideró que esta escena no podía escribirse desde la nada, ya que se veía siempre superada por la realidad, por lo que se tomaron como base fragmentos de sermones publicados por Carmen Martín Gaité en su *Usos amorosos de la postguerra española*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1990. (N. del A.)

VERANO



COSME.- El verano en mi pueblo llega para San Bernabé, o sea, el 11 de junio.

PACIANO.- Hay un refrán que dice que para San Bernabé se corta el centeno por el pie.

BERTA.- Por San Bernabé llegó Juan.

JUAN.- Llegué del servicio militar. Estuve treinta y seis meses en Madrid, en la capital.

COSME.- No habíamos tenido noticias de él durante todo el tiempo que estuvo allí, y es que Juan pasó bastante tiempo en el calabozo, porque a Juan no le gustaba que le mandasen.

QUETI.- El verano es la época del año que más me gusta. Nos haríamos en el río, los hombres por detrás de la loma y nosotras las mujeres por la ladera. El verano es fiesta y la gente está en la calle.

PACIANO.- Es tiempo de siega, la cebada y el centeno en junio y el candeal en julio.

BERTA.- Después hay que trillar y aventar.

PACIANO.- Para la trilla teníamos al macho, pero ese año se nos murió

JUAN.- También se aran las olivas y se recogen los garbanzos.

LIDIA.- Lo de los garbanzos duele mucho, se le rompe a la gente la piel de las manos.

QUETI.- Yo prefiero ir a coger espárragos; nadie sabía donde iba y para que el forestal no me cogiera me ponía las alpargatas al revés, así si me descubría se marchaba por el lado contrario y hasta ahora no me ha cogido.

LIDIA.- Aquel verano, mi pueblo, que no era muy grande, se llenó de novedades, aunque las estrellas, el cielo y la tierra eran lo mismo de siempre, como nosotros ¡A ver!

JUAN.- Por San Bernabé se corta el centeno por el pie.

PACIANO.- Eso ya lo he dicho yo.

JUAN.- ¿Cuándo?

PACIANO.- Al principio.

JUAN.- Estaba pensando en otra cosa.

COSME.- Ya sé yo en lo que estabas tú pensando...

BERTA.- Anda, sigue y no enredes.

COSME.- A mí el verano me encanta, porque el pueblo se llena de gente, son las fiestas y es como si el calor alimentara la vida; a mí el verano en el pueblo me gusta, porque parece que no estoy en el pueblo.

PACIANO.- Pues mi madre en verano riega las lanchas, que son las piedras que están delante de las puertas de las casas, para que los hombres cuando vienen tan cansados de la faena se tumben un rato a la fresca y disfruten del cielo estrellado. Y si hay alguna estrella fugaz, pues se pide algún deseo.

LIDIA.- A mí del verano me gusta como huelen las mañanas y cómo suenan de grillos las noches.

BERTA.- Yo aprovecho el verano para *jalbear* la casa y siempre me acuerdo de la Señora Domitila, que en paz descansa. La Señora Domitila sacaba todos los muebles a la calle antes de ir a comprar la cal, y cuando ya tenía la casa vacía, se iba a la tienda de Carmelo, y Carmelo pues no tenía cal. Y hala, a meter todos los muebles otra vez para dentro, y es que la Señora Domitila no tenía cabeza, y así le iba.

Escena VIII

LIDIA y BERTA están cosiendo la boca de unos sacos llenos grano. LIDIA coge unos buenos puñados y se los guarda con disimulo en los bolsillos del mandil. De vez en cuando mastica algún grano. LIDIA y BERTA hablan alternativamente entre ellas y al público. Entre ellas, la mínima conversación de la faena. Al público, las explicaciones de lo que ambas ya saben.

LIDIA.- Mujer, nunca se sabe. De año en año pasan muchas cosas.

BERTA.- Aunque a veces parece que no pasa nada.

(Pasa una nube que oscurece la escena y tal vez una ráfaga de vientecillo fresco poco habitual para la fecha.)

LIDIA.- A la que te descuidas se pasa el verano. Dice la tía Socorro que ya ha hecho las cabañuelas y que si no le fallan las cuentas el otoño se adelanta.

BERTA.- Don Roberto se había puesto pachucho después de la virgen. Unas fiebres. Y están los médicos que no dan con el remedio. Dicen que si un grano enquistado que no consigue salir...

LIDIA.- Para mí que esas manchas tan feas que le han salido en la cara son del riñón. Yo para las úlceras le haría un emplasto de botones de dondiego y manzanilla... pero como Juan me repite: que vengan y lo pidan. Y que lo paguen.

BERTA.- El caso es que han mandado llamar al sobrino del ama para que se haga cargo de la hacienda porque se temen lo peor.

LIDIA.- Y aquello fue un disgusto muy grande. Como si nos hubiera venido una ventisca en mitad de la siega.

(Coge un puñado de grano en la mano y lo sopla. Coge otro puñado y se lo tira a BERTA.)

Hala, a volar. Para todos ha sido malo. Y para Paciano, más.

BERTA.- Ya ves, lo mismo el año que viene ni hacemos el envuelto. Lo primero que ha hecho, poner en labor la tierra donde se han plantado de siempre las muelas; y otras linderas yermas también las están removiando... que los hombres están que se parten la espalda de trabajar los terrones secos. El Señorito Ernesto quiere sembrar remolacha, que le hace mucha falta al país y es un deber patrio.

LIDIA.- Eso dice el muy... y que van a terminar poniendo una fábrica de azúcar.

BERTA.- ¿Aquí?

LIDIA.- Ya ves tú qué ideas. Se lo ha dicho a Paciano en secreto. Y al cura también se lo ha dicho en secreto. Y a Blas el Pajizo... Y así, de boca en boca... Cuando se entere la señora marquesa ya veremos si no se le acaban los delirios.

(En una escena paralela, ERNESTO y PACIANO. Las mujeres asisten como observadoras.)

ERNESTO.- Las semillas, nos las deja como de fiado la azucarera; eso y el nitrato de Chile que es a descontar. Lo que hace falta es visión de futuro y ganas de sacar esto adelante. Ilusión por las cosas, que parece que nada os mueve. Si la primera cosecha es buena se puede pedir una ayuda al gobierno. Vemos la gente que está en el censo y esos son los obreros que podemos contratar. Esto de que cada cual venga a la faena cuando le da la gana es un sindiós que va a acabarse. Si sabes de gente que no esté apuntada, ya les vas diciendo.

PACIANO.- Sí, señor. Ya sé. Pero aquí la remolacha se logrará malamente.

ERNESTO.- Es que no hay quien os entienda. Siempre mirando al cielo. Si no llueve se ponen tuberías.

PACIANO.- La cosa no es de entender. Claro que si usted lo manda se va echando la simiente.

ERNESTO.- Eso se hará cuando yo lo diga.

LIDIA.- Claro que entre unas cosas y otras se nos echará marzo encima. Dejaremos de hacer el envuelto por la dichosa remolacha y el deber de la patria. Se sembrará tarde la alfalfa y si vienen las aguas malas se van a llevar la planta antes de asomada. ¿No habrá quién se lo diga?

(Caen las primeras gotas de lo que todavía es una tormenta de verano. Las mujeres recogen los sacos para que el grano no se moje y se cubren la cabeza con pañuelos.)

ERNESTO.- Es que no hay quien os entienda. ¿Y esto decís que es seco?

PACIANO.- Esto son cuatro gotas y sólo caen cuando Dios quiere.

BERTA.- Y es que la cosa no es de entender. El cielo es como es y la tierra no espera. ¿Entonces qué? ¿Ni muelas, ni remolacha, ni alfalfa...? Porque los animales han de seguir comiendo. Y las personas también. **(Coge un puñado de grano y se lo guarda en el bolso del mandilón.)**

Escena IX

Amanecida de un día de verano. Mujeres y niños esperan el reparto de tareas. Un grupo pequeño de segadores forasteros también aguarda a una ligera distancia del resto mientras repasan los filos de los aperos con una piedra. Las mujeres cuchichean en voz muy baja, tararean alguna canción y a cada poco ríen. Los hombres hacen como que no las miran.

MUJERES.- Asómate a la ventana
cara de chorizo frito
que le puedes dar un susto
a San Antonio bendito.

HOMBRES.- El que quiera ver al diablo
en figura de una cabra
que se fije en las mujeres
cuando salen de la cama.

MUJERES.- Anda y no presumas tanto
que no tienes el porqué,
pues tienes cara de bestia
y te huelen más los pies

HOMBRES.- Chulica más que chulica
por más chulica que seas
no dejará de mojarte
los pelillos cuando meas

MUJERES.- Se va quedando sin fuerza
el gallito cuando canta
y cando llega la hora
el badajo no levanta

Cita de origen¹

MURCIANO 1.- Traen humor las mozas troperas.

(Ellas ríen más fuerte. Uno de los murcianos saca de su zurrón una bota y le da un tiento. Se la ofrece a las mujeres. Por fin, QUETI se acerca para recogerla, pero el MURCIANO aprieta el vientre de la bota y le moja la cara a la muchacha. Ella se limpia con la mano y se chupa los dedos.)

MUJER.- Ya te han bautizado, Queti, que lo que no te pase a ti por ir tan ligera...

MURCIANO 2.- Chupa, chupa, a ver si te alimenta y crías carnes.

MURCIANO 1.- Tampoco las tiene malas.

MUJER.- Anda Queti, que como se entere el Cosme que te ha salido un novio murciano te corre por el páramo.

MURCIANO 1.- ¿Así que Queti te llaman?

QUETI.- Me lo llaman los que me conocen y tú es la primera vez que faenas por aquí. Conque menos coba.

MURCIANO 1.- Cuando acabes de hacer morenas te allegas a lo nuestro y que nos hagan presentaciones.

MURCIANO 2.- No te comprometas que la muchacha es recia.

PACIANO.- Vosotros sois nuevos.

MURCIANO 1.- Somos de Bullas, de la cuadrilla del Presto que habrá usted oído hablar de él porque sube a Castilla a la brega de toda la vida.

¹ Estas coplas fueron tomadas de un cancionero popular castellano, registrado en el Museo Agapito Marazuela, salvo la última, que se compuso para la función. [N. del A.]

PACIANO.- Del Presto siempre he oído que su gente es formal. Pues quedan dos tierras donde el Zurriago, detrás de las lomas. ¿Sabéis dónde os digo?

MURCIANO 2.- Por allí hemos venido y están los campos que da gloria verlos. Calcule que se lo tenemos listo para el viernes.

PACIANO.- Y vosotras me vais a hacer morenas donde San Zoilo.

QUETI.- ¿A cuánto?

PACIANO.- Como siempre.

QUETI.- ¿Como el escarde?

PACIANO.- A seis pesetas.

QUETI.- ¿Y a ellos cuánto les das?

PACIANO.- Con ellos ya arreglo yo.

QUETI.- Lo menos les das dos duros.

MURCIANO 2.- Por menos de doce pesetas no movemos la hoz.

PACIANO.- Pero ha de estar para el viernes.

MURCIANO 2.- Lo dicho queda dicho.

QUETI.- ¿Y si me voy con ellos cuánto me das?

MUJER.- Queti, no enredes.

QUETI.- ¿Que no enrede? Pero vamos a ver. ¿Es que no sé yo segar como cualquier hombre?

MURCIANO 1.- Nosotros, con los que somos ya vamos bien y no creo yo que la muchacha le pueda tener cogido el aire.

MURCIANO 2.- A más que dónde se ha visto una moza segando.

QUETI.- ¿Quieres verla?

PACIANO.- Tira para San Zoilo con todas que no hay más que hablar.

QUETI.- ¿No hemos segado aquí todas como los hombres? Cuando había poco que repartir poco se nos daba. Pero este año que hay faena vienen los hombres de fuera y quieres darnos lo que a los niños por ir a quitar cardos.

MURCIANO 2.- ¿Quieres que te paguen como a los hombres?

QUETI.- Si trabajamos como los hombres me parece de ley.

MURCIANO 2.- ¿Y cuando toque llevar las morenas a la era vas tú a cargar el carro?

PACIANO.- Mira Queti, si no te quedas a lo que hay no cuentas que te llame para coser los sacos. Vete viendo si te trae cuenta.

QUETI.- Me marchó, que aún quedan espárragos y saco más que tropando.

PACIANO.- Tú verás, pero de ésta tu padre te esloma.

MUJER.- Entonces ¿No te vienes?

QUETI.- Si nos fuéramos todas ya ajustaría precio. Que parece que la tierra es suya.

MUJER.- ¿Y cuándo se acaben los espárragos?

QUETI.- Dios dirá. **(Se va.)**

MURCIANO 1.- Eres muy recia, Queti, y así de renegada no te va a salir marido.

QUETI.- Ni falta que me hace.

MURCIANO 2.- Desde luego al que le toque ésta en suerte tiene buena cruz con ella.

Escena X

En casa de BERTA. Sobre la mesa de labor una pieza de tafetán, pliegos de papel de seda, algún bastidor y bobinas de hilo de colores.

BERTA.- Mire tía, si quiere usted que le borde el manto con ese hilo tan duro yo creo que para la romería no llevo.

REMEDIOS.- ¿Queda algo de anís de la botella que os traje?

BERTA.- Como no va a quedar. Ya sabe usted que ni padre ni madre lo prueban.

REMEDIOS.- Pues anda, hija, sírve me una palomita, que estoy seca.

(BERTA saca del aparador una botella de anís. Ponen sobre la mesa un vaso y sirve el licor.)

BERTA.- Mi tía Remedios le tenía un manto ofrecido a la virgen porque cada cual ha de servir a nuestra madre según sus posibles. Pero a ver quién puede comprar las bobinas de hilo a peseta y esta tela tan suave... **(Toca las telas con delectación casi sensual.)**

REMEDIOS.- Echa un poco más mujer. Ni que lo hubieras pagado tú. Venga, ponte otra. No voy a estar sola bebiendo un refresco y tú mirando.

(BERTA va a por otro vaso y sirve licor. Mucho menos que en el de su tía. Termina de rellenar los vasos con agua del botijo.)

BERTA.- Yo me daría más prisa, pero ya sabe que si la señora necesita una mano en la casa grande siempre cuenta conmigo y sin eso no podemos quedarnos. Mientras estén mis padres...

REMEDIOS y BERTA.- Cada cual sirve al señor según su estado.

BERTA.- Ya lo sé.

REMEDIOS.- Anda, echa un poco más que tenía mucha sed. No. Agua no, que todavía queda.

(JUAN empuja la puerta y asoma.)

JUAN.- ¿Se puede? (Ve a la tía REME.) Si estás ocupada ya volveré. Te traía este libro.

(Berta se acerca a JUAN y recoge el libro.)

BERTA.- Gracias. El último que me trajiste todavía no lo he terminado.

JUAN.- No corre prisa. Otro día me acerco. (Sale.)

REMEDIOS.- ¿Y éste que quiere?

BERTA.- Ya le ha oído.

REMEDIOS.- Y le he visto. Sí. Que parece tonta.

BERTA.- ¿Qué dice?

REMEDIOS.- Que te miraba muy fijo. Y tú a él tampoco le quitabas ojo.

BERTA.- Ni yo le miro a él ni él me mira a mí. Si nos conocemos de toda la vida. Imaginaciones suyas. ¿A mí va a mirarme Juan? ¿Ahora? Y ella que dale que los hombres, hombres son, y al final si vas a mirar todos iguales, donde ven unas faldas allí están ellos, al calorcito, que no sé cómo no reparan más en la salvación de su alma. (Hojea el libro y lo oculta debajo de las telas.) Y usted, tía, que de todo se entera, ¿sabe si a Eduvigis ya le ha llegado la dispensa de Roma para casarse con el pequeño del tío Apolinar?

(La tía REME mira a BERTA con ojos asesinos.)

Por nada lo pregunto. Sólo que al haberla sacado en estado... y siendo primos carnales...

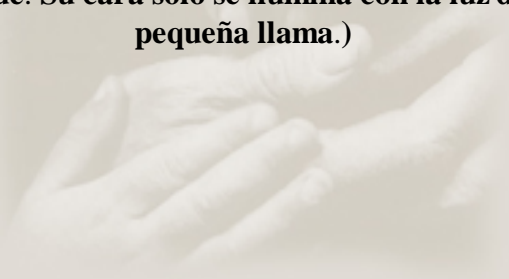
REMEDIOS.- Con eso de que son familia y lo de la dispensa se libran de que intervenga la autoridad, pero como la cosa no se arregle...

BERTA.- Pobre muchacha.

REMEDIOS.- ¿Pobre? Que lo hubiera pensado antes.

BERTA.- Lo que estará pasando. ¿Entonces? Pero mi tía Remedios cuando no quiere responder no responde.

(La tía REME y BERTA se besan sin besarse. La tía REME sale. BERTA da dos puntadas, pero inmediatamente saca el libro de entre las telas y comienza a leer. Se le va la vista a las musarañas. Lo cierra bruscamente. Busca el mechero de NARCI y lo intenta encender una y otra vez. Por fin lo consigue. Su cara sólo se ilumina con la luz de esa pequeña llama.)



Escena XI

QUETI se acerca a la era. Atardece. Los hombres están llevando a la parva los últimos montones de todo lo trillado. La era se va quedando vacía, pero todavía hay mucha paja y grano en el suelo.

UNO.- ¿Vienes a barrer la trilla?

QUETI.- Calla tú.

OTRO.- ¿A quién buscas?

QUETI.- ¿Lidia está?

UNO.- Ahora viene. Ha ido por el rastrillo fino. ¿Y tú no barres?

QUETI.- Hoy no.

(QUETI lleva los picos del mandil juntos debajo de la barbilla. Algo se rebulle dentro del mandil.)

OTRO.- Cosme tampoco está.

UNO.- Es que ha venido la portuguesa.

(Los hombres se ríen.)

Queti, ¿has visto a la portuguesa?

QUETI.- A ti qué te importa.

OTRO.- Si la ves no la conoces.

UNO.- Y eso que dicen que las portuguesas tienen bigote.

QUETI.- No es portuguesa.

OTRO.- A saber.

UNO.- Es gitana y canta coplas.

OTRO.- Habrá que ver cómo baila la niña.

UNO.- Habrá que ver cómo mueve el rulé.

(Los hombres se ríen.)

QUETI.- Sois idiotas.

UNO.- Anda Queti, dile a tu padre que te dé para un sombrero que con esa cara tan negra Cosme no te va querer tentar las carnes.

QUETI.- Ni falta que me hace. Y como no te calles yo te voy a tentar las narices.

UNO.- ¿Qué llevas ahí?

QUETI.- Lo que me da la gana.

OTRO.- ¿Qué es eso que se mueve?

QUETI.- Quitá.

UNO.- Es el Cosme que la ha sacado en estado y le va a nacer el muchacho en la era.

QUETI.- Como me toques te saco lo ojos.

OTRO.- Trae acá.

(En el forcejeo se sueltan los picos del mandil de QUETI y caen alborotados una docena de pollitos.)

QUETI.- Me cago en la leche. Ahora se me van a escapar los pollos.

(Llega LIDIA con un rastrillo pequeño. Los hombres siguen trabajando.)

LIDIA.- ¿Y esto?

QUETI.- Si me los capas uno para ti.

LIDIA.- Pero tú te encargas de ellos hasta que estén cebados, que yo no quiero ir corriendo por la parva detrás de los pollos. ¿Y Cosme?

QUETI.- Yo qué sé.

LIDIA.- Como no te espabiles... (LIDIA **va cogiendo los pollos para ver si son hembras o machos.**)

QUETI.- ¿A cuánto está la docena de huevos?

LIDIA.- Anda, no me marees, que estas no ponen hasta después del hielo. Si es que te viven. Anda, que tengo que hacer.

QUETI.- Estoy pensando que me dejes un pollo sin capar. O mejor dos.

LIDIA.- Tú piensas mucho.

QUETI.- Ya me lo dirás cuando vengan a casa a comprarme huevos. Y si de los huevos saco bastante, el año que viene me compro cuatro docenas.

LIDIA.- ¿Y luego?

QUETI.- No sé. Conejos.

LIDIA.- Y después te vas a la feria y pones un puesto.

QUETI.- ¿Por qué no?

LIDIA.- Anda que no te gusta enredar.

UNO.- Pues si le has dado al portugués más de una peseta por los doce pollos ha hecho el negocio contigo.

QUETI.- Se los he cambiado por espárragos.

OTRO.- ¿Y tú adónde vas a por espárragos si ya no quedan?

QUETI.- A ti te lo voy a decir.

LIDIA.- ¿Tienes hilo y aguja en casa?

QUETI.- No.

LIDIA.- Pues vas a buscar que si no no sé cómo quieres que les cosa las criadillas. Y si ves a Cosme le dices que le están buscando para hacer las morenas.



Escena XII

ACTRIZ.- Nique, nique, todo el día con el nique y resulta que es una marca de zapatillas. Me hace gracia porque nique le llamaban al hermano pequeño de Lidia y Juan. Le llamaban Nique por Nicanor. Le pusieron Nicanor porque había un torero muy famoso que se llamaba Nicanor Villalta. Tu bisabuelo lo hizo por fastidiar a la familia y al cura, porque en el pueblo se ponía el santo del día, pero él como era libertario, dijo que les ponía los que le daba la gana. El mayor se llamó Antonio, como su padre y su abuelo, y a los otros les puso nombres que tenían que ver con los toros, porque a tu bisabuelo le gustaron mucho. Los chicos se llamaron Juan y Nicanor. Y la chica, Lidia.

(NIQUE y COSME. NIQUE lee una hoja de periódico.)

NIQUE.- Dedicado al conde de Villapadierna, propietario de la potra Baratísima:

Prepárese en coctelera:

unos pedacitos de hielo.

unas gotas de curasao rojo,

una cucharadita de vermut blanco seco.

Una copita de buena ginebra.

Agítese fuertemente sirviéndose muy frío y añadiendo una aceituna¹.

(La expresión de COSME es la de la propia desolación.
NIQUE le mira.)

NIQUE.- Tenemos la aceituna.

¹ Tanto este *coctail* como las noticias que se leen en la escena XXX aparecieron publicadas en el diario *Informaciones*, de Madrid en 1947. (N. de los A.)

Escena XIII

COSME con su madre. La última luz de la tarde. COSME sostiene las madejas de lana entre sus manos para que su madre vaya haciendo ovillos.

MADRE.- ¿Es ya de noche?

COSME.- Todavía no.

MADRE.- ¿Dónde andáis faenando ahora?

COSME.- En Villamarta. Hay vendimia para cuatro días.

MADRE.- ¿Vas solo?

COSME.- Con Juan.

MADRE.- ¿Qué Juan?

COSME.- El hijo de Antonio el jilguero.

MADRE.- Que en paz descanse.

(Callan y laboran.)

¿Estás fumando?

COSME.- No.

MADRE.- Estás muy callado.

COSME.- Estoy pensando.

MADRE.- Pues anda con cuidado, a ver en qué piensas.
(Silencio.) ¿En qué piensas?

COSME.- Dígame una cosa, madre.

MADRE.- Qué.

COSME.- Dígame qué tenemos.

MADRE.- Cómo que qué tenemos.

COSME.- Sí. Dígame qué tenemos. La huerta y los animales, para comer. La casa es del amo. Si yo digo que quiero irme, qué tengo.

MADRE.- ¿Ya vas a empezar? ¿Qué quieres? ¿Es que no hemos tenido bastante?

COSME.- No me refiero a eso. Ya sé que de eso no se habla. Me refiero a que no tenemos nada. Ni tierra propia ni dinero.

MADRE.- Aquí el dinero no sirve para nada.

COSME.- El mundo no se acaba aquí. Acuérdense de lo que dice padre. La tierra es redonda.

MADRE.- La tierra es redonda. Tu padre no ha dicho nunca eso. Eso lo dirá tu amigo Juan, que menuda pieza. Ese va a salir a su padre, que quería arreglar el mundo. ¿Y tú para qué quieres que la tierra sea redonda? ¿Qué quieres? ¿Mercar?

COSME.- No quiero mercar. Quiero poder pensar en irme. Quiero llegar hasta la puerta y no quedarme parado.

MADRE.- Como te vuelva a ver hablando con la hermana del portugués te majo a palos.

OTOÑO

PACIANO.- En el pueblo, normalmente se habla de otoño para cuando llega la familia del portugués.

BERTA.- Ese año vino antes, para la trilla, para vender unos bioldos y trajo banderitas de papel para las fiestas y cohetes. Después se marchó y ya no volvió hasta el otoño, que era lo suyo.

JUAN.- Los cohetes son lo mejor de las fiestas.

QUETI.- Menudo disgusto nos dio con los cohetes, porque uno del pueblo, el Brusco, estaba entonao y se le metió en la cabeza tirar uno de los cohetes y casi revienta la espadaña de la iglesia.

BERTA.- El portugués en realidad no es portugués, el portugués es propiamente de Ponferrada. Pero dice que es portugués porque vende más.



COSME.- A mí me gusta estar con el portugués porque ha viajado por todos los pueblos de España, porque sabe mil historias y trucos, porque me entiende; porque se va y... bueno, por su hermana.

JUAN.- En el otoño la faena es la vendimia. Para vendimiar es muy importante llevar buena pareja, para faenar los dos al mismo tiempo, como en la música, pero cortando uvas, normalmente las mujeres se ponen con las mujeres y los hombres pues con los hombres.

LIDIA.- A mí me gusta ir de pareja con la Queti, me río mucho con ella y sus enredos y al final de la tarde los riñones duelen menos, aunque los riñones ahí están, esperando para el día siguiente.

PACIANO.- En el otoño hay que llenar el majano de leña. Por si viene el invierno frío que no nos pille desprevenidos.

COSME.- A mí lo que más me gusta del otoño es ver caer las hojas de los árboles y ver cómo se las lleva el viento, lejos, muy lejos de mi pueblo.

JUAN.- Aunque en el pueblo no hay muchos árboles, porque los cortaron, para que cuando la gente estuviese trabajando en el campo no se quedasen durmiendo la siesta a la sombra.

LIDIA.- En otoño se encuentran al pie de algunos árboles la flor que yo llamo del parto, y este otoño me encontré dos juntas de camino a la cuevas. Sí. Luego lo veréis.

QUETI.- A mí el otoño me pone un poco triste, sobre todo cuando se acerca el día de difuntos, porque yo no tengo aquí a mi madre para llevarle flores, pero voy a una cueva que según dicen es tan larga, tan larga, tan larga que comunica con el mar y allí le canto porque ella antes siempre me cantaba a mí.

(Canción: estrofa del Arrorró canario.)

Escena XIV

COSME.- Y, entonces, va el señor Marcial y me dice.

MARCIAL.- Mira, Cosme, para labrar derecho se necesita puntería.

COSME.- Y yo le digo: Sí, señor.

MARCIAL.- Echas la puntería a un punto lejos, pero cuanto más lejos mejor, porque si está cerca te puedes torcer, pero si fijas los ojos allá donde la pinada de San Zoilo te salen los surcos derechos. Y luego la fuerza, que cuando el arado se te quiere desviar hay que sujetarlo para que no se vaya.

COSME.- Y yo que sí, que así me lo enseñó mi padre y yo así se lo enseñaré a mi hijo. Ahí fue cuando le dolió y eso que yo se lo dije sin malicia que no puede estar uno pensando todo el tiempo en los muertos y al que más y al que menos a todos se nos va alguno, y aquí seguimos. Yo le vi que daba un respingo y me parecía a mí que no era eso lo que quería decirme porque no es cosa de mandarme llamar para enseñarme a no torcer la faena. Le tiré de la lengua, que el hombre me tiene ley, y entonces ya me lo dijo.

MARCIAL.- Mira chaval. Si don Roberto se muere y se hace cargo esa mala bestia aquí no va a haber quien pare otro invierno, así que me marché a la finca de Alcaraz que tengo familia y necesitan un mayoral. Van a hacer falta manos. He pensado que te podías venir porque nos entendemos y te mereces más que ir al escarde.

COSME.- ¿Y la Queti?

MARCIAL.- ¿Qué le pasa a la Queti? ¿Es tu novia? ¿Esa renegrida? Que no se entere tu madre. Eso es como cuando llueve que no se puede ir a labrar por más que te empeñes. Porque te aprecio te lo digo. Ya lo sabes. Porque te quiero bien. Cuando te lo pienses me mandas razón y en paz.

COSME.- ¿De marchar, cuándo sería?

MARCIAL.- No hay prisa. Por San Juan cumple el contrato y ya he dado el aviso en la casa. Pero tú te arrimas cuando terminéis con lo de aquí. O cuando te pinte. Tú quieres salir de aquí. ¿No?

COSME.- ¿Y Alcaraz dónde queda?

MARCIAL.- A seis leguas de posta, que para que te hagas una idea las hago yo en dos horas con el Rufo que ya está viejo.

COSME.- A saber dónde estaremos todos por San Juan. A más que este año salgo quinto.

MARCIAL.- No fastidies.

COSME.- Ya ve usted.

MARCIAL.- Dios. Cómo se pasa el tiempo.

COSME.- Entonces sí que se acordó del pobre Román, su chico, que si no se hubiera ahogado en la poza ahora estaría casado con Berta. De aquello, por San Juan hará dos años. Dos horas con el Rufo son como quien dice no irse de aquí. Le pregunté al portugués y me dijo que Alcaraz y esto son como un garbanzo y otro garbanzo. A la Queti ni se lo menté. Para que no se hiciera ilusiones.



Escena XV

BERTA le lleva a LIDIA unos juegos de sábanas.

LIDIA.- Qué va a decir tu tía.

BERTA.- Son mías y hago con ellas lo que quiero. Que diga misa.

LIDIA.- Eso le gustaría a ella. Es que no sé. Me sabe mal.

BERTA.- Pues yo no he de usarlas. Así que tú me dirás si quieres que se las dé a otra.

LIDIA.- Ya las usarás, mujer.

BERTA.- Estas no. Eran para quien eran. Pero cuando las cosas vienen de Dios.

LIDIA.- No hables de eso.

BERTA.- No. Si no me importa. Si después de dos años que hará en San Juan no voy a poder acordarme... Ya ves, ahora me alegro de que no me dejen verle muerto. Siempre es mejor acordarse de lo bueno. ¿Tú crees que yo hubiera sido buena casada?

LIDIA.- Y lo serás.

BERTA.- Digo de Román.

LIDIA.- Del que sea. Lo serás del que sea. Todavía es pronto.

BERTA.- Ya lo sé. Demasiado pronto. ¿No?

LIDIA.- No digas tonterías.

BERTA.- Bueno. Lo mismo da. Estas para ti. Siempre serás tú la primera que las use.

LIDIA.- Nunca se sabe. Las cosas como se hacen se deshacen. ¿Y si te casas tú antes que yo?

BERTA.- Bueno.

LIDIA.- ¿Ya te ha escrito?

BERTA.- ¿Quién?

LIDIA.- ¿Quién había de ser? Tu primo Narcí.

BERTA.- Mujer, qué cosas tienes.

LIDIA.- Eso dijo. Que te mandaría noticias. ¿O no lo dijo?

BERTA.- Un decir es un decir. Entre parientes...

(JUAN ha entrado durante la conversación.)

LIDIA.- Y si no, más tonto es él. ¿No, Juan? (Al público.) No hay cosa peor que una mula burlada. Cuando no quieren ir al tiro, se echan y da pena verlas. Eso si van en la reata cuando parece que se animan las unas a las otras. Lo remalo es si van solas. Ni para las mulas, ni para las mujeres, ni para los machos es bueno eso de irse solos por los campos porque se avinagran los pensamientos y les crece la mugre. Yo os lo diría. Pero aquí no decimos esas cosas.

BERTA.- Juan. Si no te había visto...

LIDIA.- Pues ahí estaba. Ya ves. Ahí mismito.

Escena XVI

Alrededor de la mesa, COSME, BERTA, LIDIA y QUETI. EL PORTUGUÉS, de pie, enseña las maravillas traídas de lejos. Los primeros productos los presenta con un cierto aire de charlatán de feria, que irá variando a un tono mágico hacia la presentación de los plátanos.

EL PORTUGUÉS.- Y todos los problemas de estreñimiento se acabaron. Con esto, Laxín. El purgante ideal, en pastillas de confitura de gusto sabrosísimo, que obran suavemente y con seguridad, totalmente inofensivo, recomendado por los médicos de Madrid.

COSME.- Son pastillas.

EL PORTUGUÉS.- Para este niño, por ejemplo, ¿sabéis lo que le pondría como un toro? Aquí lo tengo: Glicerofosfato granulado Robin. Es un granulado de fosfato de cal y de soda. Cura el raquitismo, la debilidad y la neurastenia.

LIDIA.- ¿Y eso qué es?

EL PORTUGUÉS.- Un dolor muy malo. Se toman dos o tres cucharadas detrás de cada comida y como si hubieras comido un cocido.

QUETI.- ¿Y no traes retratos?

EL PORTUGUÉS.- Pues claro, mujer. Aquí tienes: Errol Flin, artista americano, Tirone Pover, Jorge Negrete.

LIDIA.- Qué feo.

EL PORTUGUÉS.- Amparito Rivelles, Irene Dune.

COSME.- Vaya.

QUETI.- ¿Y de Manolete?

EL PORTUGUÉS.- Se me han acabado. Jabón para las manos. Heno de Pravia. Si lo manoseas sale una espuma que deja las manos más suaves.

BERTA.- Qué bien huele.

COSME.- Prueba a darle un bocao.

QUETI.- Pero qué tonto eres.

EL PORTUGUÉS.- Esto es una cafetera exprés. Aquí se pone el agua, hasta tocar la tuerca esta. Aquí pones el café y luego se lo colocas encima. Le metes la parte de arriba a rosca hasta que no se pueda más, pero sin mover lo de abajo, para que el agua y el café no se mezclen. Lo pones al fuego y a esperar. El agua se evapora y pasa por el café y sale ya hecho el café a la otra parte.

COSME.- Como en un alambique.

EL PORTUGUÉS.- Parecido. Y sabe mucho mejor que el de puchero.

LIDIA.- Lo que no inventen...

EL PORTUGUÉS.- Y esto.

(Son plátanos. Los deja sobre la mesa. Los cogen, los miran. No los han visto en su vida. QUETI coge uno lo abre y comienza a comer. Se agolpan en su boca y en su garganta la felicidad y la pena, y con la memoria le llegan lágrimas calladas.)

Escena XVII

PACIANO.- Este es el señor Elicio, don Ernesto. Ya le hablé de lo suyo.

ERNESTO.- ¿Y qué problema hay, Elicio?

ELICIO.- Verá, don Ernesto. No sé si usted ha visto ya los papeles de lo mío, pero por si no los tiene aquí le traigo estos, que para el caso son los mismos. Hace veinte años que tengo arrendadas esas treinta fanegas de tierra y las he estado trabajando como quien dice hasta *antiayer* ayudado de mi hijo. Ahora el chico se ha casado con una de Villanueva y viven con los padres de ella que tampoco pueden valerse.

ERNESTO.- A ver, ¿quién se encarga de las labores?

ELICIO.- Mi hijo y algún muchacho de Villanueva. Desde que me manqué la cadera casi no me sostengo.

ERNESTO.- ¿Y su hijo le paga a usted?

ELICIO.- Es el único hijo que me queda. Un hijo no desatiende a su padre.

ERNESTO.- Lo que pasa es que termináis creyéndos que las tierras son vuestras, hacéis lo que os da la gana y eso no puede ser. Mira, Elicio, tú por tu cuenta no puedes ir subarrendando esas viñas, así que ya le estás diciendo a tu hijo que vaya levantando el tenderete del Soto, y que si quiere labor que venga a hablar con Paciano, que aquí sobran faenas. Pero de quedarse allí, nada, que ya tengo apalabrado el terreno. Y guárdate esos papeles, no seas idiota y no te creas lo que no es, que llevas las de perder. ¿Entendido? Para Pascua os quiero fuera de allí.

(Don ERNESTO se va con paso firme.)

PACIANO.- Señor Elicio, dígale a su hijo que venga a verme.

ELICIO.- No va a venir. ¿Tú crees que don Roberto se muere?

PACIANO.- Está muy malo.

ELICIO.- Era de mi quinta. Ya ves. Bueno. Pues a ver si se pasa el invierno.

PACIANO.- ¿Está usted bien?

ELICIO.- Sí hijo, sí. Si aquí sólo se queda uno hasta que se va.

PACIANO.- Yo le acompañaría pero tengo que hacer.



Escena XVIII

ABELKRÍN.- Debo beber toda el agua que pueda, porque luego no pararán. Tengo que pasar una vez y otra vez y otra vez, tengo que pasar desde que no haya calor en el cielo hasta que no haya calor en el cielo, tengo que arrastrar el trozo de madera que tiene piedras pequeñas debajo y que arranca los granos de las espigas y luego lo que queda de las espigas se mete por mi nariz y por mis ojos y sería mejor estar muerto que seguir andando. Pero este trozo de madera sólo lo arrastro yo porque soy el macho. Me dan comida y agua y me limpian y cambian la paja y algunos días sacan fuera mis excrementos, porque soy el macho y cuando llega el momento de más calor yo doy vueltas arrastrando el trozo de madera. Antes había otros, pero ahora no. Por eso ellos tienen que coger a veces los otros trozos de madera que arañan la tierra. Pero el trozo de madera con piedras pequeñas debajo es demasiado pesado para ellos. El pequeño me trae cosas frescas, hierba y patatas, y me cuenta cosas mientras me limpia. A veces viene con sus amigos, y hablan y les sale humo por la boca, y se cambian cosas y hablan con una voz pequeña. Tengo que beberme toda esta artesa de agua, aunque reviente. Tengo sed y estoy viejo y me cansa sólo el cargar con los arreos. No puedo ver, me duelen los dientes, me cuesta caminar pero si no llevo el trozo de madera nadie va a poder hacerlo. Dependen de mí para su comida, porque ellos viven de los granos que se separan de las espigas, igual que los pájaros. No puedo quedarme aquí dentro.

Es mejor seguir caminando hasta que ya no pueda más. No quiero que me vendan, prefiero morir aquí. He oído cosas de otros machos que venden a tratantes y que los tratantes les hacen cosa para que parezcan jóvenes. Les cosen un alambre debajo de la piel y así, cuando les dan una palmada en el lomo se vuelven locos de dolor y echan a correr como si fueran jóvenes. Al día siguiente revientan, pero ya los han vendido. Esta gente no hace eso. Ellos arañan la tierra para sacar lo que comen y nada más. Son animales, igual que yo.

Escena XIX

PACIANO.- Tira, Abelkrín.

ABELKRÍN.- No veo tus correas pero estoy seguro de que las tienes. Llevo ya cuatro veranos notando que mi sudor se mezcla con tu sudor y que no hay ninguna diferencia entre nosotros.

PACIANO.- Arre, venga.

ABELKRÍN.- Siento lo que voy a hacerte, pero no puedo más, ya no puedo más. Ayer me hicieron llevar cargas y carros de un lado a otro. Todo vuestro mundo lo colocáis encima de mi lomo, y ya las patas no me responden, noto calor, calor, calor, y el trozo de madera parece que pesa como todo el peso de todas las horas de mi vida y como todos los trozos de madera de todos los veranos.

(JUAN mira a PACIANO, que sigue dando vueltas sobre la trilla. PACIANO detiene al macho y baja de la trilla.)

JUAN.- ¿Qué haces?

PACIANO.- Ya lo ves.

JUAN.- Digo yo que se podrá acabar mañana.

PACIANO.- La faena es la faena.

JUAN.- Es que todos llevamos veinte días trabajando desde el alba hasta la media noche, que se nos estaba poniendo la misma cara que al Abelkrín. Y ayer hicimos todos una fiesta en este pueblo, porque ayer fue la despedida de los jornaleros, no sé si te enteraste, que parece que no has nacido más que para trabajar.

PACIANO.- Como todos los cristianos.

JUAN.- Sí, pero los demás cristianos cuando hay fiestas, bailan, y beben, y tiran petardos, y tú te vuelves invisible.

PACIANO.- Con estas nubes no quiero que ande el candel por los suelos, que si nos cae de pronto una tormenta ya me contarás lo que se come aquí dentro de tres meses.

(ABELKRÍN cae fulminado. PACIANO le quita los arreos al macho y se los comienza a poner.)

JUAN.- ¿Pero tú te has vuelto loco? Anda quítate eso.

PACIANO.- Hay que acabar la trilla, y luego hay que aventar.

(JUAN toca la frente de PACIANO.)

JUAN.- Tú no estás bien.

PACIANO.- Sólo tengo miedo, no estoy malo. Tengo miedo a que no haya pan.

ABELKRÍN.- Yo sabía que estos arreos serían para ti. Somos iguales. Hemos hecho la faena juntos y hemos tirado de esa cuerda hasta que se rompía nuestra sangre. Ahora yo estoy muerto y tú te llamarás Abelkrín, porque todos los machos que tiran de este trozo de madera se llaman Abelkrín, para que las personas no se confundan. Yo he sido Abelkrín y toda tu gente ha bebido mi sudor, ahora tú serás Abelkrín, porque ya no hay más animales como yo, porque todos murieron. Tú no durarás mucho, tienes mal una pata y será mejor que te sacrifiquen y se coman tu carne.

JUAN.- Esto no es de hoy. Tú ya estabas con fiebre estos días.

PACIANO.- Ando mal.

JUAN.- Eso es aparte.

PACIANO.- Todavía te caliento. Estoy mal del vientre. He bebido mucha agua y me ha sentado mal. Me duele mucho la tripa.

JUAN.- ¿Y por qué no has dicho nada?

PACIANO.- ¿Y a quién quieres que se lo diga?

JUAN.- A mi hermana.

(PACIANO y JUAN se miran. De lo que no se habla, no se habla.)

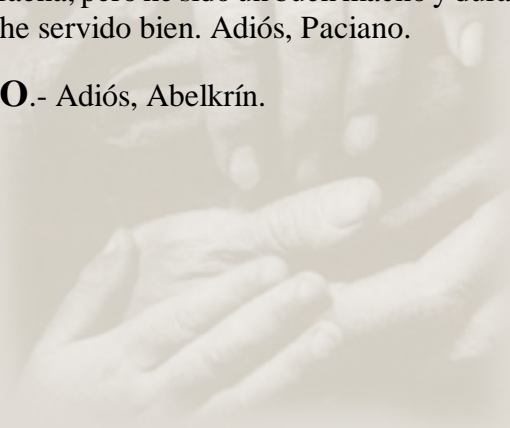
Lo digo por lo de las hierbas. Seguro que te da unas hierbas y te pone como un toro.

PACIANO.- Si esto no es más que esperar, que me ha sentado mal el agua que he bebido.

JUAN.- Eso te pasa por beber agua. Si bebieras vino como las personas decentes no tenías la tripa llena de bichos.

ABELKRIN.- Ahora estoy muerto y ya no hay más caballerías en el mundo, y después de esta miseria van a venir más miserias, y los de tu gente van a tener que comer lo que arranquen del suelo. Y enterraréis mi carne para que no se pudra al sol y no vengán las alimañas, y ya no caerá nunca más la lluvia sobre mi carne. Ahora estoy muerto y no he podido terminar la faena, pero he sido un buen macho y durante muchos veranos os he servido bien. Adiós, Paciano.

PACIANO.- Adiós, Abelkrín.



Escena XX

BERTA y LIDIA

LIDIA.- ¿Es de Narci?

BERTA.- No. **(Empieza a leer la carta de su amiga.)** Es de mi amiga Irene.

Querida Berta:

Espero que al recibo de la presente... ya sé que tus padres andan mal, así que cuidales mucho. Y que se enteran de todo en la capital.

(BERTA deja de leer y le comenta a LIDIA.)

Aquí viene lo bueno. **(Sigue leyendo.)** Me está enseñando caligrafías un hijo de la señora marquesa que es un chico muy simpático. Viene todas las tardes un rato a mi cuarto.

(BERTA y LIDIA ríen.)

Dice que aprendo rápido y que me doy maña pero ya sé yo que todavía echo muchas faltas.

LIDIA.- Anda que... tendrá valor.

BERTA.- **(Sigue leyendo.)** Aquí se trabaja, no vayas a creerte, pero no es como bajar con el balde al río y romper lo de la helada con un canto. Vamos, que como el pueblo no es. No te digo nada en firme pero ya le he hablado de ti a la señora marquesa ...

LIDIA.- **(Quitándole la carta, lee.)** ... Y en cuanto alguna deje la casa te mando razón. ¿Y eso de mandarte razón?

BERTA.- Nada. Cosas de ésta.

LIDIA.- ¿Tú quieres irte a servir?

BERTA.- Es bobada pensarlo porque mi padre no daría permiso. A ver quién iba a cuidarles.

LIDIA.- ¿Y sólo por eso?

BERTA.- Aunque no fuera, eso basta y sobra.

LIDIA.- ¿Y tu primo Narci no te ha escrito?

BERTA.- ¿Pues no te he dicho que no?



Escena XXI

COSME y QUETI cogen cangrejos.

COSME.- ¿Y tú donde lo has visto?

QUETI.- En la fragua, dónde va a ser.

COSME.- ¿Y qué te ha dicho?

QUETI.- ¿Qué va a decirme?

COSME.- ¡Pues eso es lo que quiero saber!

QUETI.- Nada, que van diciendo por ahí que somos novios.

COSME.- Que digan.

QUETI.- ¿Y a ti qué te parece? ¿Nosotros somos novios?

COSME.- Seremos... cuando lo dicen.

QUETI.- Pero, ¿tú eres tan novio como Paciano o eres menos novio?

COSME.- Ni más ni menos. No sé.

QUETI.- Si tuvieras un buen jornal podrías ser mi novio.

COSME.- Eso Dios lo dirá.

QUETI.- Por eso no te quiere mi tía.

COSME.- No es por eso. Es que tu tía es una siesa y una beata.

QUETI.- A mi padre tampoco le gusta que vaya contigo. ¿Tú sabes las cuatro reglas?

COSME.- Ni falta que me hacen.

QUETI.- Es que dice el Brusco que sabiendo leer y las cuatro reglas te puedes sacar un cursillo de capataz que los da el Estado, que le hace mucha falta al campo gente con algunos estudios que sepan cuando hay que echar los venenos y otras cosas que no te sé explicar y que él cuenta muy bien. ¿Por qué no te acercas y le pides razón?

COSME.- Nos ha amolao con el Brusco. ¿Y eso es lo que les va diciendo a las muchachas para darles palique? ¡La ley! Pues dile a ese pájaro que se ande con ojo y que se busque una de su edad.

QUETI.- ¿Es que tú no quieres ser nada en la vida?

COSME.- Soy Cosme. ¿Te parece poco?

QUETI.- Entonces tú no eres mi novio.

COSME.- Pues entonces no seré.



Escena XXII

PACIANO entra en la casa y se sacude la nieve que trae sobre los hombros. Se quita los zuecos. Es la casa de los hijos de ANTONIO. Lidia ha dejado la labor y le atiende.

PACIANO.- Hace frío.

JUAN.- ¿Quieres un poco de vino?

PACIANO.- Ahora no.

JUAN.- Digo vino caliente, con azúcar, para quitar el frío.

PACIANO.- Bueno.

LIDIA.- Hace bien de frío esta tarde.

PACIANO.- He estado hablando con don Ernesto. Dice que para septiembre tiene que arrendar las huertas de esta parte, y que entra la casa. Que no lo puede hacer de otra manera.

JUAN.- ¿Y nosotros?

PACIANO.- Podéis iros al teso de Quintanilla.

JUAN.- Venga, hombre. Pero si allí no hay más que piedras.

PACIANO.- A mí es lo que me han dicho.

LIDIA.- Pues podías haberle dicho que no, para eso eres el encargado.

PACIANO.- Soy el encargado, no el dueño.

LIDIA.- ¿Y por qué nosotros?

PACIANO.- Qué dices de vosotros. No sois vosotros. Es esta tierra. No querrás que vendan lo de la vega.

LIDIA.- No es la tierra. Se quiere deshacer de nosotros. Me lo huelo desde que volvió mi hermano. No le gusta que esté aquí, es lo que pasa. Podía haber escogido las huertas de donde Porcia.

JUAN.- Eso tampoco. Yo tengo manos para ponerme a trabajar y me puedo ir a segar y a donde sea, y el pequeño también puede. Cago en diez.

(**JUAN mira a su hermana y a PACIANO y sale.**)

PACIANO.- Juan.

LIDIA.- Déjalo.

PACIANO.- Lidia.

LIDIA.- Qué

PACIANO.- Quiero hablar contigo.

LIDIA.- Estoy de alivio.

PACIANO.- No digas bobadas.

LIDIA.- Bueno.

PACIANO.- Tal vez tú podrías quedarte, podríais quedaros.

LIDIA.- No sé de qué me hablas.

PACIANO.- Podíamos casarnos.

LIDIA.- Muchas gracias por tu caridad.

PACIANO.- Oye, yo no sé que te pasa. Llevábamos cuatro meses platicando cuando se murió mi madre, y hemos seguido dentro de lo que se podía. Yo quiero que seamos familia.

LIDIA.- ¿Se lo propusiste tú a don Roberto, lo de que nos echara? ¿Qué pasa, que pensabas que te iba a decir que no, si tenía a mis hermanos para mantenerme? ¿O es que te molesta que estén aquí mis hermanos?

PACIANO.- Lidia, no sé por que me estás diciendo esas cosas

LIDIA.- Porque estoy rabiosa. Porque esto significa que pierdo a mi hermano. ¿Tú no le miras? Tú eres su amigo, te tenías que dar cuenta. En cuanto no tiene nada que hacer se queda quieto como un gato, mirando la carretera. Si nos quitan esto, mi hermano se irá y no lo volveré a ver.

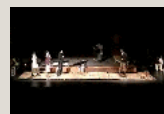
PACIANO.- Esa es la vida de tu hermano. Hay mucha gente que se ha ido. Hay mucha gente que cambia de pueblo para dejar de dar cuenta todos los días de lo que pasó en guerra, para no encontrarse por la calle con quienes no se quiere encontrar.

LIDIA.- A mi hermano Juan se le está acabando la edad de pensar qué va a hacer con su vida. Lo está pasando mal.

PACIANO.- Como todos. Tu hermano lo que tiene que hacer es buscar alguien con quien pasear por la carretera, en vez de mirarla tanto.

LIDIA.- Qué poco seso tenéis los hombres.

INVIERNO



COSME.- El invierno en mi pueblo llega pronto, para noviembre. En diciembre, ya tiene que estar sembrado el candeal y podadas las vides.

JUAN.- En diciembre, cuando es invierno en los calendarios, se cosechan los olivos y se recogen las batatas y las nueces.

LIDIA.- A mí lo de las nueces siempre me trae a la cabeza algún velatorio. Se muere más gente en diciembre; es porque los viejos se quedan metidicos en la cama, acurrucados, bajo una manta y se van apagando poco a poco. Será por el frío.

QUETI.- Será por el frío. Sin embargo, otro del pueblo, el Brusco, dice que le nacen más animales.

PACIANO.- Él dice que a él los animales no es que se le den bien, sino que hay que saber tratarlos, como a la mujer, porque a ver: si tú gritas a la mujer después la mujer te grita a ti y eso es un sin vivir.

QUETI.- Él les endulza el oído porque dice que hasta los animales más tontos entienden de cariño.

BERTA.- Luego en enero hay matanza, y eso siempre anima a la gente. Se te pasa el mes muy pronto.

LIDIA.- Si es que hay algo que matar. Yo he visto a los ganados escarbar en los rastrojos para comer raíces de gramen, y el gramen es una mala hierba.

COSME.- A mí no me gusta nada el invierno, porque en invierno este pueblo ni es pueblo siquiera.

LIDIA.- En invierno no se pueden guardar secretos, salen todos al calor de la lumbre, pasamos el tiempo recogidos mirándonos las caras, pensando que el invierno no puede durar mucho, pero siempre dura lo que tiene que durar.

JUAN.- El invierno se hace muy largo, sobre todo las noches, y eso me hace recordar a padre leyéndonos libros a la luz del fuego, pero eso por desgracia ya no puede ser.

QUETI.- Para mí el mes más frío, más largo y más soso es febrero aunque es el más corto en el calendario.

BERTA.- Menos mal que el tío Tarraque nos cuenta sus historias y nos entretiene. ¡Mira! El tío Tarraque era tan friolero que no se quitaba la boina ni para cortarse el pelo. Se la ponía de un lado y cuando le cortaban de por aquí, pues se la ponía del otro lado.



Escena XXIII

El padre de PACIANO está sentado en un tronco, apoya ambas manos en un cayado. Mientras PACIANO hace alguna faena. De repente el padre de PACIANO esconde la cabeza entre los brazos y se inclina hacia el suelo.

PACIANO.- Padre. No se duerma, padre.

PADRE.- No me duermo.

PACIANO.- ¿Tiene usted sueño?

PADRE.- No.

PACIANO.- Pues no se vaya usted a dormir, que tiene que echarles un ojo a las cabras y yo ya estoy terminando esta faena.

PADRE.- Calla ya.

(El PADRE de PACIANO se levanta y se tumba en el suelo cuan largo es.)

PACIANO.- ¿Pero qué hace?

(PACIANO se acerca a su PADRE e intenta levantarlo del suelo.)

PADRE.- Déjame, que no los oigo.

PACIANO.- ¿Qué no los oye? ¿Pero qué quiere usted oír por la tierra?

PADRE.- Chiss. Se están quejando.

PACIANO.- ¿Quién se queja, vamos a ver?

PADRE.- Los granos. Se quejan de frío. A los de cebada se les escucha mal pero me dicen que este año va a venir malo como no se caldee.

PACIANO.- El que se va a quedar helado es usted si no se levanta del suelo.

PADRE.- Suelta. Claro que los de alfalfa dicen que da igual porque luego va a venir la piedra y se va a estropear la cosecha. Y que por mayo será.

PACIANO.- Ande padre, deje de hacer tonterías.

PADRE.- (Hablandole al suelo.) ¿Y qué le vamos a hacer? Aquí ya se hace lo que se puede no os vayáis a creer. Ya. Si ya nos vemos. Ya. Con Dios. Si yo ya se lo digo pero... **(Se dirige a PACIANO.)** Que dicen que va a venir la piedra. Y los del candel también lo saben. Malo. Malo.

PACIANO.- (Consigue incorporar al anciano.) Que sí padre, que sí, que por mayo, ya me lo ha dicho.

PADRE.- Total. A mí ya me da igual.

(PACIANO logra sentar a su padre de nuevo. Se queda un momento observándolo. El PADRE de PACIANO tiene la mirada fija y rumia entre dientes. «Ya, ya, si será por mayo».)

PACIANO.- ¿Se encuentra usted bien?

PADRE.- Claro hijo, claro.

PACIANO.- ¿Si le dejo aquí cuidando los animales no se me tira al suelo a coger malas posturas?

PADRE.- Descuida.

PACIANO.- Yo le mandarí a alguien pero es que hoy ha escampado y no tengo quién lo haga. Y si mañana vuelve a caer agua lo mismo nos pasamos una semana mano sobre mano. ¿Usted me entiende?

PADRE.- Claro que sí, hijo. Eso. Por mayo dicen que será y cuando ellos lo dicen...

(PACIANO va a buscar una manta y se la echa por los hombros a su PADRE.)

PACIANO.- Y no haga usted tonterías, que con usted hay que tener más cuidado que con un niño chico.

(**PACIANO sale. El PADRE de PACIANO se inclina, recoge un puñado de tierra. Se la lleva al oído. Ríe. Se la vuelve a llevar al oído. Vuelve a reír. Asiente y se echa la tierra por la cabeza.**)



Escena XXIV

BERTA, LIDIA y QUETI

BERTA.- (Con la carta en la mano.) No es de Narci. Es de Irene.

QUETI.- ¿De quién?

BERTA.- Tú espera. (Lee.)

Querida amiga:

Tengo tantas cosas que contarte que no sé por dónde empezar. Lo primero es que he ido al cine y no te puedes ni imaginar cómo es eso de meterte en una sala oscura y que se te aparezcan los actores en colores, lo menos del tamaño de la espadaña de la ermita, que te pongo un suponer y no te exagero... Y las casas, y los ríos, y los campos y todo lo que quieran sacar.

QUETI.- Debe ser de bonito... y en colores.

LIDIA.- Dice el portugués que si le va bien este año se compra una máquina de proyectar para echar películas en el frontón.

BERTA.- No será verdad.

QUETI.- Anda, sigue.

BERTA.- (...) La película que más me ha gustado es *Ana y el rey de Siam*. Ana es una maestra que se va muy lejos, al Oriente, a dar clases de todo a los hijos del rey y se enamoran. Los hijos no, ella y el rey. La que hace de Ana se llama Irene Dunne, que lo estoy copiando del programa, pero dice el señorito Carlos que se dice Dan, con A. También dice que me parezco a ella así que ahora me llama Irene, y además de caligrafía me enseña otras cosas.

(Las tres estallan en carcajadas.)

QUETI.- Vaya con Irene.

BERTA.- Y esto no te lo pierdas. **(Lee.)** Es muy simpático el señorito y me tiene mucho cariño. Me ha pedido que vaya con él el miércoles que viene a ver una que se llama *Perdición* y yo le he dicho que no porque a la que se enterara la señora marquesa me devolvía al pueblo en un decir amén. La que no me pierdo cuando la pongan es *Seda, sangre y sol*, que ya he visto que la anuncian y Jorge Negrete está en la foto clavadito a quien tú y yo sabemos.

QUETI.- ¿A quién?

LIDIA.- ¿A quién va a ser? Al Narci.

BERTA.- Si yo no sé para qué os leo nada.

LIDIA.- Sigue, mujer.

BERTA.- **(Lee.)** Carlos es otra cosa. Tiene más el aire de Alfredo Mayo de muy joven. Claro que tampoco sé si sabes quien es Alfredo Mayo.

QUETI.- Pues no se da pisto ni nada. ¿Tú crees que se casan?

LIDIA.- ¿Irene y el hijo de la marquesa? Tú es que eres de un simple.

QUETI.- ¿No se casan Ana y el Rey ése?

LIDIA.- En las películas. Eso sólo pasa en las películas.

BERTA.- **(Lee.)** No sabes el disgusto tan grande que me ha dado saber que no te dejan venir a trabajar conmigo. Tú te lo pierdes.

LIDIA.- ¿Así que...?

BERTA.- **(Un poco a regañadientes.)** Ni ganas. Que para ver el campo en colores ya lo miro por la ventana. **(Termina de leer la carta.)** Tu incondicional amiga que sabes que lo es.

LAS TRES.- ¡Irene!

Escena XXV

En medio de la estancia, el cuerpo muerto. Dos mujeres lo visten, lo limpian, lo peinan. En la penumbra, un hombre vestido con un traje gastado mira a su alrededor y lee.

HOMBRE.- Hijuela que se le forma a Nicomedes Gómez Sánchez por causa de haber fallecido de su muerte: de lo que dejó como enseres en su casa.

Primeramente: una manta de Palencia, 83 pesetas; otra manta más inferior, 28 pesetas; cuatro sábanas para debajo, 20 pesetas; cuatro ídem con bordado, 35 pesetas; una colcha, 25 pesetas; dos camisetas interiores, 5 pesetas; una almohada, 2 pesetas; cinco cuartillos de aceite, 35 pesetas; un pernil de tocino, 30 pesetas; un par de zapatos, 12 pesetas; una canana, 25 pesetas; una saca de harina, 100 pesetas; en efectivo metálico, 200 pesetas; una docena de sillas de tablero, 75 pesetas; cuatro asientos, 44 pesetas; un hule de mesa, 25 pesetas. Suma esta hijuela setecientas cuarenta y cuatro pesetas. Y ahora pone aquí: Digo yo: Paciano Gómez Pérez, haber recibido todo cuanto queda anotado en esta hijuela y hacerme cargo de ello hasta que llegue la certificación testamentaria, y por ser así y estar conforme la acepto y firmo

Recibí. Ponga su nombre ahí abajo.

(PACIANO coge la pluma y traza las líneas torpemente, con el orgullo severo de quien ha sido capaz de aprender a escribir su nombre. El hombre saluda con una inclinación y se marcha al tiempo que llega LIDIA.)

LIDIA- ¿Necesitas algo?

PACIANO.- Que me mires.

(PACIANO coge la mano de LIDIA.)

LIDIA- ¿Qué mortaja lleva?

PACIANO.- Mi traje de los domingos. Berta se lo arregló esta mañana. Eso es todo. Trabajó como un animal toda la vida y se va al agujero con ropa que no es suya.

LIDIA.- Voy a atender a la gente.

PACIANO.- Vuelve más tarde.

LIDIA.- Para el rosario.

DESCANSO -TRANSICIÓN

VELATORIO

BERTA.- Pobre tío Nicomedes, cuando volvieron de la aceituna se lo encontraron tirado en el corral.

LIDIA.- Ya le dije yo a Paciano, que este frío es muy malo para los viejos y que se trajera cuidado con su padre, que últimamente no le había visto yo buen encare. Pero claro, uno nunca se piensa que va a pasar lo peor, hasta que pasa.

BERTA.- En las últimas estaba, pero el pobrecito aguantó y se murió en la misma cama en la que había nacido.

JUAN.- En la misma cama donde había dormido con su mujer, y en la misma cama donde ella había parido a su hijo.

QUETI.- Pues nunca tuvo una mala cara para nadie, y así se lo encontró Paciano, sonriendo.

BERTA.- Para mí que fue el frío el que le puso aquella sonrisa en la cara.

QUETI.- Y cómo está Paciano, el pobre.

LIDIA.- El hombre al final no nos ha visto casados, como él hubiera querido, que siempre me decía, Lidia, como no le metas tú prisa se te pasa el arroz y sigues moza. Y yo, que a ton de qué voy a andar achuchando, que las cosas nunca se sabe cuando van a ser mejor o peor.

JUAN.- Que le veo y no puedo dejar de acordarme de mi padre. A mi padre se lo llevaron arrastrado los militares. A los dos años volvió al pueblo, pero ya no era el mismo. Ni un par de meses pasó en casa cuando apareció en el monte con un tiro en la espalda. Y yo sé que fueron ellos.

QUETI.- Pero cuando a uno le llega la hora... y eso que él era el mejor reloj del pueblo; clavaba una estaca en tierra y por el tamaño de la sombra sabía la hora exacta. ¿Si sería el mayor del pueblo?

BERTA.- Sí era. Del mismo tiempo del tío Cominero, el que se murió sentado en la solana de Jenaro, que lo enterraron sin caja ni nada, envuelto en una sabana y sólo de acordarme se me pone la carne de gallina. Y luego lo de mi Román, que si no es por la maldita poza, ya podríamos tener un crío.

QUETI.- Cada cual tiene su momento. Ya ves el tío Lisardo, que estando ya dentro de la caja, se despertó y de eso viene que le digan «el resucitao».

BERTA.- Menudo susto.

(Aquí se hace el rompimiento del Velatorio: Personajes a Actores. Hablan de John Berger.)

QUETI.- Eugenio.

EL DIFUNTO.- ¿Eh?

QUETI.- ¿Cómo se llamaba el libro ese de John Berger que hablaba de los cotilleos de los pueblos?

EL DIFUNTO.- *Puerca tierra.*

Escena XXVI

LIDIA está avivando el brasero. Entra **JUAN** llevando un manajo de sarmientos. **LIDIA** se estremece como si la hubieran pillado en falta.

LIDIA.- ¿Tan pronto?

JUAN.- ¿Pronto te parece? Hoy ya no dan las siete.

LIDIA.- Como ha estado tan cerrado no me había dado ni cuenta.

JUAN.- ¿Y ese picón?

LIDIA.- De encina.

JUAN.- Ya. Ya sé que es de encina.

LIDIA.- Huele muy bien. ¿No?

JUAN.- A picón de encina. Mejor calentará.

LIDIA.- Acomoda esos sarmientos y quítate la pelliza que la traes empapada.

JUAN.- Ya está helando.

LIDIA.- Si hubiera dejado de helar. Pero es que hay días que no levanta.

(**JUAN** no suelta los sarmientos.)

JUAN.- He traído más.

LIDIA.- ¿Los has dejado en el cobertizo para que no se mojen?

JUAN.- Sí. Estos eran para ahora. ¿Y ese picón?

LIDIA.- De encina.

JUAN.- Ya sé que es de encina. Pero no me has dicho de dónde lo has sacado.

LIDIA.- ¿Y tú los sarmientos?

JUAN.- La encina calienta más.

LIDIA.- Pero los sarmientos nos vienen bien, que el picón no nos va a durar mucho.

JUAN.- ¿Quién te lo ha dado?

LIDIA.- ¿Y a ti los sarmientos?

JUAN.- He ido a la poda donde Saturio. Les hacía falta ayuda, y como no tienen qué darme me han dejado que me trajera los sarmientos. Esa gente lo está pasando mal.

LIDIA.- Otros lo pasamos peor. Yo no sé si eres bueno o eres tonto. ¿Y no podías haberte acercado otro día que no cayera tan frío? Te habrás puesto buenas las manos agarrando los nudos helados. A ver. Enséñamelas.

(Juan deja al lado del fogón los sarmientos. Tiene las manos llagadas.)

JUAN.- Por las heladas he ido. Para tener con qué calentarnos. No es nada. Con el frío no duelen.

LIDIA.- Madre de Dios. ¿Pero cómo te has hecho esto? Si serás animal. ¿Y no me lo pensabas decir? Eres peor que el niño.

(LIDIA ayuda a JUAN a quitarse la pelliza.)

JUAN.- Trabajando me lo he hecho. ¿Y ese picón? Y no me digas que es de encina que ya lo huelo. ¿De dónde lo has sacado?

LIDIA.- ¿De dónde lo voy a sacar? De la casa grande.

JUAN.- ¿Has subido a pedir?

LIDIA.- Te voy a poner un emplasto de cardos y manteca que es lo único que me queda.

(LIDIA va a por un frasco donde tiene el ungüento y desgarrar unos pañuelos para hacer unas vendas.)

JUAN.- ¿Te lo ha dado Paciano?

LIDIA.- No señor. Paciano no puede darme de lo que no es suyo. El ama me lo ha dado. Y un hueso de espinazo en salazón, y una cesta de nabos y dos huevos, uno para ti y otro para el niño. Y este cacho de morcillo, que se me olvidaba, que he pensado dejarlo para el domingo no vaya a ser que nos pongamos malos del atracón. ¿Estás contento?

JUAN.- No quiero que pidas limosna allí.

LIDIA.- Pues algo habrá que hacer para llenar el estómago y no pasar frío.

JUAN.- Trabajar. Habiendo manos...

LIDIA.- Estás tú bueno. Y qué lo digas precisamente hoy, calamidad. Cuando hay que hacer las mías las primeras, ya lo sabes bien. Si hay que ir a la rebusca nunca se me han caído los anillos, y si he encontrado sólo una patata arrugada buena ha sido... ¿Pero tú cómo te crees que hemos pasado los inviernos el Nique y yo cuando tú estabas fuera?

JUAN.- Por mi gusto no fue. Pero es que se me revuelve la sangre de que les vayas a pedir a esa gente.

LIDIA.- Hay que pedir donde hay algo que puedan darte. No le des más vueltas.

JUAN.- Tú y yo sabemos por qué lo tienen. Y padre también lo sabía.

LIDIA.- Estate quieto que te unte bien.

JUAN.- ¿Lo sabemos?

LIDIA.- Tú y yo lo sabemos. Pero no se te ocurra malmeterme al muchacho con historias de entonces que bastante genio tiene ya. Sólo ha de ser tan orgulloso quien puede serlo. El invierno no puede durar mucho. Además, que me ha dicho Paciano que van a necesitar hombres la semana que viene. Conque ya te estás cuidando esas manos, que así no nos vales.

JUAN.- ¿Y cuando haya que irse?

LIDIA.- Ya veremos. Cuando llegue ya llegará.

JUAN.- ¿Vas a casarte con Paciano?

LIDIA.- Puede. Él no tiene la culpa de nada y es tontería seguir enfadada. ¿Y tú?

JUAN.- ¿Yo qué?

LIDIA.- ¿No te echas novia?

JUAN.- Es pronto.

LIDIA.- Pues apúrate, no se te estén adelantando.



Escena XXVII

EL PORTUGUÉS.- Yo marcho al norte. Hay sitios donde hacen todavía fiestas en carnaval.

COSME.- ¿Les dejan?

EL PORTUGUÉS.- No, pero hay mucha tradición y lo hacen a escondidas. Más que los disfraces lo que se lleva es apostar dinero. Lo de las mascaritas lo hacen las muchachas. Luego volveré, porque en cuaresma da lo mismo donde vayas. Eso sí, cuando termine la cuaresma tiro para el oeste, que hay más que merchar. La verdad es que ahora es casi todo igual, pero mi padre me contaba que antes se terminaba la cuaresma y se armaba el lío. En Salamanca conozco un pueblo donde todavía echan a las putas al empezar la cuaresma y cuando se terminan van los mozos a buscarlas y cruzan el río con ellas. Menudo matute. Eso sí, cuando se enteren en la capital, se acabó el chollo. Hay que aprovechar mientras se pueda. Si te quieres venir te vienes.

(COSME se queda mirando a EL PORTUGUÉS, sin despegar los labios.)

Escena XXVIII

PACIANO.- El chaval sí que sabe. En julio, gangas en las charcas o en los revolcaderos. En agosto la perdiz ni tocarla que están las polladas tiernas; pero se puede con alguna codorniz que apeone en los rastrojos. En septiembre, las tórtolas que van de retirada. Y a partir de octubre las primeras perdices por las labores. Para ir al monte hay que tener un talento. A don Ernesto, que ya le decían el Remolacha, se le metió en la cabeza que había que enseñar el coto a señorones amigos suyos. Le habían dicho que el que más entendía de caza era Juan, así que cuando llegamos el Nique y yo...

(En el campo.)

ERNESTO.- ¿Y qué van a decir unos señores tan importantes de ver a un niño levantando la perdiz? ¿Es que aquí no hay hombres?

PACIANO.- No se preocupe usted, don Ernesto, que el chaval conoce el ganado, sus trochas y sus querencias.

ERNESTO.- ¿Pero no era el hermano de éste el que sabía?

PACIANO.- Y sabe, don Ernesto.

ERNESTO.- ¿Y tú qué dices? ¿Por qué no ha venido tu hermano?

NIQUE.- Eso se lo habrá de preguntar usted a él.

(En casa de NIQUE antes de salir de caza.)

JUAN.- A ver, ¿tú sabes por qué le ha puesto el Remolacha unas vallas al monte?

LIDIA.- Deja al niño en paz.

JUAN.- Porque se cree que las perdices son tuyas. Y las escobas, y las jaras y las veredas. ¿A ti qué te parece? ¿No dices nada?

LIDIA.- Si no son tuyas como si lo fuesen.

JUAN.- A ver, mocoso. ¿Tú sabes lo que han hecho esos señores amigos del Remolacha para tener unas escopetas tan brillantes?

LIDIA.- ¿Qué le vas a contar al niño?

JUAN.- Ya no es tan niño. Si se levanta al alba y va a por la perdiz con los amos ya tiene edad para saber las cosas.

LIDIA.- Mira que eres. (A NIQUE.) Hoy te dejo que vayas, pero si te piden volver otro día les dices que tú tienes que ir al colegio.

JUAN.- Y si te preguntan por mí les dices que la perdiz hay que sudarla en la ladera y no esperarla a traición.

(En el campo.)

PACIANO.- El muchacho viene conmigo, don Ernesto. No pase cuidado. Nosotros les buscábamos la perdiz, se la levantábamos y ellos la mataban.

NIQUE.- Tiene gracia que el animal se canse buscando a la gente en vez de que la gente se canse buscando al animal.

PACIANO.- El pobre Nique se pasó el día jodido. Perdía la paciencia.

NIQUE.- Mira, qué son palurdos. Les daría lo mismo que les soltaran media docena de pichones en la ladera. Tenía razón el Juan. Punto por punto.

PACIANO.- Dice el señor ministro que de esta vez le ha dado a ocho pájaros y que sólo le habéis traído cinco.

NIQUE.- ¿Eso dice? Pues dígale el señor ministro que vaya él a ver.

PACIANO.- No eran las cinco de la tarde cuando se cansaron los señores. Estuvimos hasta las siete buscando las piezas que faltaban. Lo malo fue una muy hermosa que se había caído en la charca. El Nique se empeñó en conseguirla, y mira que se lo insistí, que te vas a poner como una sopa, muchacho, que ya verás tu hermana cuando te vea aparecer. Les vinieron bien los cuartos para terminar el invierno y pagar alguna deuda, pero aquello del agua les dio que sentir.



Escena XXIX

NICANOR está en la cama, con la espalda apoyada sobre unas almohadas. Está tomando unos vahos de eucalipto que **LIDIA** le ha preparado. Tiene la cabeza oculta bajo una sábana bastante zurcida. Con ella oculta también parte de su cuerpo y una palangana de porcelana desconchada. Alrededor de la cama **JUAN**, **PACIANO** y **LIDIA**. **NIQUE** levanta la sábana ligeramente y deja salir una humarada caliente.

LIDIA.- Menudo susto nos dio el condenado chaval. Y como la calentura no le bajaba, Paciano se empeñó en llamar a don Benigno, el médico.

PACIANO.- (A **LIDIA**.) No es mucho lo que tengo ahorrado. Pero algo es. Yo ya no sé bien lo que tú piensas, pero para mí, eres como mi mujer, y el muchacho y tú sois mi familia. Los cuartos que tengo los estaba juntando para la boda, para comprarte un vestido nuevo, para preparar merienda ese día... Ahora dime tú si hay mejor ocasión para gastarlo que en llamar a don Benigno. No va a ser nada. Ya lo verás.

LIDIA.- Pues sea. Don Benigno nos dijo que el niño tenía ganglios, que son el aviso del bacilo. Tuberculosis, que coma más cantidad y más variado,

PACIANO.- Una naranja para el desayuno y otra de postre y si la fiebre no remite, habrá que tratarle con penicilina.

LIDIA.- De postre, ¿y dónde voy yo ahora a comprar una naranja? ¿Y una penicilina?

NIQUE.- Me escalda.

LIDIA.- Si no quema no cura.

(**LIDIA** baja la sábana. **JUAN** pasea intranquilo por la habitación.)

Y tú para quieto. Y no me mires así, que ya me estoy yo echando todas las culpas.

PACIANO.- Si no hubiera sido por las perdices por otra cosa hubiera sido.

LIDIA.- Igual tienes razón Pero no se me quita de la cabeza que yo le dejé ir.

JUAN.- Yo también le dejé.

PACIANO.- Eso, vamos a ver quién tiene más delito. Como las criaturas.

(NIQUE **tose sin levantar la sábana.**)

LIDIA.- Anda, Juan, acércate a Fuenterubia y avisa a la tía Socorro. Le dices que ahora no podemos pagarle y que ya apañaremos. Vamos. Date prisa.

JUAN.- Siempre pidiendo favores.

LIDIA.- Mientras haya buena gente.

(JUAN **se pone una pelliza y sale.**)

JUAN.- La tía Socorro hacía las pomadas con hojas de nogal, yemas de chopo, manteca de vaca y un clavo mohoso. Pero, además, tenía el don. Dicen que habló en el vientre de su madre.

ACTRIZ (ELENA).- Hay gente que se hace mayor la primera vez que va a la discoteca. Y vuelve a hacerse mayor la primera vez que alguien le dice te quiero. Y vuelve a hacerse mayor la primera vez que encuentra trabajo. Y vuelve a hacerse mayor muchas veces, o eso cree... hasta que... se hace mayor. Otra gente no se da cuenta de nada, y un día va y dice, anda, pero si ya soy mayor. Yo todavía no sé si soy mayor y no sé si algún día seré mayor. Supongo que eso cuando te pasa se sabe. ¿O no?

Escena XXX

COSME.- Días de agua, taberna o fragua.

(En la fragua del BRUSCO. Fuera, llueve a Dios dar agua. El BRUSCO y COSME juegan a las cartas. COSME, con alegría, golpeando la mesa con cada envite. El brusco juega sombrío, desconfiado. Sabe que se aprovechan de su lentitud para hacerle trampas.)

Anda, atiende al juego, que has tirado un renuncio.

BRUSCO.- Que renuncio ni qué niño muerto.

COSME.- Que has tirado la sota. Y a ver si pasas el vino, que se me está haciendo esparto la garganta.

BRUSCO.- Como que te has comido media hogaza.

COSME.- Es que no hay ni tocino para acompañarlo.

BRUSCO.- A merendar se va al casino.

COSME.- Hay que quitar el as de oros.

BRUSCO.- Por qué.

COSME.- Porque se distingue, no ves que le falta un cacho. Si yo sé que tienes el as de oros tengo ventaja.

BRUSCO.- El que tiene ventaja soy yo, que tengo el as de oros.

COSME.- Anda y que te ondulen. Toma, quita el as de oros y desembrisca otra vez. Y pasa la bota que se va a evaporar.

BRUSCO.- Muchas cosas son las que tú quieres, aquí de a poquitos.

COSME.- ¿Qué dice la prensa?

JUAN.- «La dirección general de Sanidad ha decidido declarar libre la venta de penicilina. Dentro de pocos días se publicará la Orden.»

BRUSCO.- Eso es lo que te pusieron a ti.

JUAN.- Sí.

COSME.- Eso es bueno; así, el que la necesite, la compra y ya está.

JUAN.- El que la pague.

COSME.- Claro, y qué más.

BRUSCO.- Mira, en este: «Buenos Aires: En el día de ayer han salido de este puerto tres buques cargados de trigo con destino a España, con un total de 17.057 toneladas.»

COSME.- ¿Y eso cuánto es?

BRUSCO.- Espera, voy a buscar para hacer cuentas.

(El BRUSCO busca por entre las herramientas, encuentra un lápiz de carpintero con la punta gastada; abre su navaja y le saca un poco de mina. En un trozo de papel comienza a hacer cuentas. Los tres hombres se sumergen en la visión de los números que con dificultad escribe el BRUSCO; con interés, siguiendo las cuentas, JUAN; con el asombro supersticioso de la ignorancia, COSME. Éste se cansa enseguida, y comienza a urdir el secuestro de la bota, que pasa a JUAN a espaldas del BRUSCO.)

No puede ser.

JUAN.- Espera. A cincuenta y cinco kilos por fanega...

BRUSCO.- A cincuenta y cinco y medio.

JUAN.- Sí. Pues está bien.

COSME.- ¿Y cuánto es?

JUAN.- 307.334 fanegas. Mil veces el trigo que se puede dar en este pueblo.

BRUSCO.- O más.

COSME.- ¿Y qué van a hacer con tanto trigo?

JUAN.- Eso se lo comen en Madrid en un par de meses.

COSME.- Pero es que entonces no va a hacer falta el trigo de aquí.

BRUSCO.- En las ciudades pasan más hambre.

JUAN.- Aquí, en cambio se vive como los ángeles.

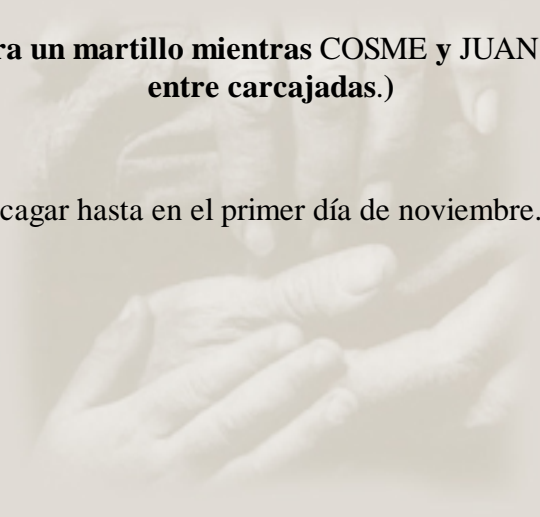
BRUSCO.- Hombre, eso tampoco, pero hambre, digo yo que se pasará menos.

COSME.- Este tiene donde apañar, ¿eh, Brusco? Anda, sácate algo.

BRUSCO.- Para vendernos trescientas mil fanegas de trigo y quedarse ellos con lo que necesiten, Argentina tiene que ser muy grande. **(Va a echar un tiento a la bota y la descubre vacía.)**
Me cagüen...

(Agarra un martillo mientras COSME y JUAN huyen entre carcajadas.)

Me voy a cagar hasta en el primer día de noviembre.



Escena XXXI

JUAN está sacando el filo a una hoz con una piedra. Se acerca NIQUE.

NIQUE.- Juan.

JUAN.- Qué. Hostias, Nique, por qué no te acercas cantando, no ves que te puedo mancar con esto.

NIQUE.- Perdona. Eres el único del pueblo que dice hostias.

JUAN.- No te creas.

NIQUE.- Juan.

JUAN.- ¿Qué?

NIQUE.- Te acuerdas de eso que decía el periódico... Lo del trigo.

JUAN.- ¿Qué trigo?

NIQUE.- Eso de que iban a traer de Argentina mucho trigo.

JUAN.- Pero eso es para Madrid.

NIQUE.- ¿Pero lo de aquí es para nosotros?

JUAN.- No.

NIQUE.- Vamos a ver: el pan de donde sale.

JUAN.- De la harina.

NIQUE.- Y la harina

JUAN.- Del candeal.

NIQUE.- Y el candeal

JUAN.- ...

NIQUE.- Pues de la tierra. Tú echas las semillas y de las semillas crece el candeal. Y luego quitas las malas hierbas, siegas, trillas y recoges el grano. ¿Y entonces?

JUAN.- Entonces qué.

NIQUE.- Que el grano dónde está.

JUAN.- La tierra donde echas la semilla, de quién es.

NIQUE.- ¿De quién?

JUAN.- De la marquesa viuda. Y la semilla también.

NIQUE.- Sí, pero el que siembra la semilla y hace toda la faena, ¿quién es? Pues algo le tendrá que tocar.

JUAN.- Procura no decir estas cosas en el colegio.

NIQUE.- Es que tengo hambre.



Escena XXXII

QUETI está dentro de la cerca donde tiene a los pollos recogiendo la gallinaza en un balde para abonar su escasa huerta. Llega BERTA.

QUETI.- Qué mala cara traes.

(BERTA calla. QUETI no vuelve a mirarla. Sigue con su labor.)

Vamos, dímelo. Te han mandado a ti porque eres mi prima ¿No?

BERTA.- Vengo de donde Cosme. Esta noche no ha dormido en su casa. Están su padre y sus hermanos buscándole por la pinada no vaya a ser que se le haya quedado el pie en alguna trampa y la haya tenido que pasar al raso.

QUETI.- Pues que no le busquen ahí que no le van a encontrar.

BERTA.- ¿Pero tú qué sabes?

QUETI.- ¿Te crees que soy tonta? Y ellos tampoco son tontos. Ni tú. Se ha ido con la portuguesa, y se ha ido porque le ha dado la gana, así que es tontería andar pensando otra cosa.

BERTA.- ¿Y si le ha pasado algo?

QUETI.- Para el caso, yo ya me hago a la idea de que se ha muerto.

BERTA.- Eso sí que no lo digas ni en broma.

QUETI.- Ahora que yo no voy a llorarle. Ni una lágrima. Ni me pienso quedar a vestir santos. Y si con el tiempo tengo que irme de aquí...

BERTA.- Ya verás como vuelve.

QUETI.- Y si no, tal día hizo un año. Anda, y no me mires con esa cara de pena que da grima verte. Pues yo tengo faena, así que ya te estás marchando? ¿No me oyes? Vamos. Larga.

BERTA.- Mujer, no te pongas así.

QUETI.- Que me dejes. ¿Estás sorda? Que me dejes.



Escena XXXIII

**ERNESTO, PACIANO y JUAN se dirigen a algún sitio.
PACIANO y JUAN van cargados con palas, picos y unos
tubos de latón.**

ERNESTO.- No hay cuidado. La pareja de los civiles ya está avisada y el forestal tiene orden de dejaros hacer, así que si le ponemos ganas en un par de días lo tenemos listo. Aquí es.

**(En la otra esquina de la escena BERTA, LIDIA y la tía
REMEDIOS desgranán la letanía del rosario. REMEDIOS
recita la primera parte del estribillo. Las chicas responden
con la vuelta.)**

Kyrie, eleison. Miserere nobis.

Christe, eleison. Miserere nobis.

Kyrie, eleison. Miserere nobis.

Christe,audi nos. Miserere nobis.

**(PACIANO y JUAN dejan el montón de aperos y van
escogiendo un pico y una pala.)**

ERNESTO.- Aquí es. Aquí debajo hay agua.

JUAN.- ¿Aquí?

ERNESTO.- Cuando hayáis dado con ella me ponéis un tramo como de metro y medio hasta que vengan con la bomba y el resto del tubo.

JUAN.- Aquí no se cava.

ERNESTO.- ¿Y eso quién lo dice?

PACIANO.- (Amonestándole.) Juan.

JUAN.- (A PACIANO.) Tú bien que lo sabes. Aquí no se puede cavar porque debajo de esta tierra pasa el regato que alimenta el caño de Castilnuevo.

ERNESTO.- ¿Y eso qué?

PACIANO.- Lo que Juan dice es que si secamos el manantial la gente se va a quedar sin agua.

ERNESTO.- ¿Es que no está el río?

JUAN.- A media hora atajando.

ERNESTO.- Pues mejor. Así las mozas echan buenas piernas.

(Se vuelve a oír la letanía de las mujeres.)

Christe, exaudi nos. Miserere nobis.

Pater de caelis, Deus. Miserere nobis.

Fili, Redemptor mundi, Deus. Miserere nobis.

Spiritus Sancte, Deus. Miserere nobis.

Sancta trinitas, unus Deus. Miserere nobis.

ERNESTO.- Además, que a mí nadie me asegura que si picamos aquí se vaya a secar ese chorrillo.

JUAN.- Yo sí que lo sé. Mi padre lo sabía. Pasa por aquí, baja por esa loma, cruza ese pedregal y vuelve a salir en Castilnuevo. Siempre ha sido así. (A PACIANO.) Y tú bien que lo sabes.

ERNESTO.- Me estoy cansando.

PACIANO.- ¿Sabes de quién es el pedregal, y la loma?
¿Sabes de quién es la loma?

(Se eleva el tono de la letanía.)

Santa María. Miserere nobis.

Sancta Dei Genitrix Miserere nobis.

Sancta Virgo virginum. Miserere nobis.

Mater Christi Miserere nobis.

JUAN.- Cagón la... Paciano. Que te miro y ya no te conozco.

PACIANO.- Mañana me lo dices, cuando tus hermanos no tengan qué llevarse a la boca.

(JUAN y PACIANO se enganchan. En el espacio contiguo LIDIA se pone en pie.)

LIDIA.- Escucha señora a tus humildes hijas y no nos desampares.

(JUAN y PACIANO reaccionan a las palabras de LIDIA aunque no las hayan oído. Recelan pero mantienen la tensión. La tía REMEDIOS sigue mascullando la letanía en voz baja. ERNESTO separa a JUAN y PACIANO. ERNESTO coge un pico.)

ERNESTO.- Yo sí que me cago en Dios y en todo lo que está escrito. (A JUAN.) A ti no quiero volver a verte ni pintado. (A PACIANO.) Y contigo ya hablaré luego en serio. Que si no fuera por el apego que te tiene mi tío ya sabes tú que te hacía desfilar de esta casa bien firme. Que todos sois iguales. Y aquí se hace un pozo por mis santos cojones.

(ERNESTO levanta el pico por encima de su cabeza. Está de espaldas a JUAN y PACIANO. Ahora es PACIANO el que se adelanta hacia ERNESTO y JUAN el que le frena en seco. Los dos hombres se miran. JUAN sabe que él se terminará yendo de allí y que aquella es la vida de PACIANO y de sus hermanos. ERNESTO hunde el pico en la tierra. Se desata una gran tormenta de lluvia, viento y granizo.)

LIDIA.- Te pedimos señora para que mandes el agua del cielo.

BERTA.- Te pedimos señora para que no venga la riada.

LIDIA.- Para que la semilla encuentre lecho.

BERTA.- Para que no se quiebren los terrones.

LIDIA.- Para que alejes los fríos del norte.

BERTA.- Para que espantes la piedra, el granizo, los hielos.

LIDIA.- Y para que nos vuelva a manar el manantial seco, que pasamos apuros, señora.

(Las mujeres vuelven a la letanía.)

LAS ACTRICES.- Rezábamos para que lloviera. Y luego para que dejara de llover. Y si la gente enfermaba... rezábamos. Rezábamos para todo, para cualquier cosa. Rezábamos. Rezaban.

PRIMAVERA

JUAN.- En primavera huelen las jaras y el campo cambia totalmente de color. Los pájaros empiezan a hacer sus cantos por las mañanas y es una buena época para pasear por ahí con una muchacha.

COSME.- En primavera, la gente de mi pueblo aprovecha para arreglar las casas, como el invierno se lo pasa uno dentro, pues eso, aprovechan las mujeres y encalan las casas y las dejan preparadas para las fiestas religiosas, que en esta época hay muchas.

BERTA.- Los hombres, después del día de trabajo salen afuera al portón, para afilar sus aperos o para fumar un cigarro tranquilamente a la fresca. En primavera sembramos la almorta. La almorta la usamos para hacer gachas.

PACIANO.- En primavera se pelan las mulas y los burros y las ovejas, para hacer el colchón, cel de lana. También se pelan algunos perros.

BERTA.- Mira tú cuánto animal se pela.



LIDIA.- En primavera, los días son radiantes, me sé un refrán que dice: «tres jueves hay en el año que relucen más que el sol, Jueves santo, Corpus Christi, y el día de la Ascensión».

QUETI.- La primavera llega después del domingo de Resurrección, aunque a veces llega antes, porque el domingo de Resurrección cada año cae en días distintos, lo mismo le ocurre al domingo de ramos y al Corpus Christi, que también es jueves. La verdad yo nunca he entendido estas fiestas, pero cualquiera lo pregunta en el pueblo.

BERTA.- La primavera en mi pueblo se aprovecha para hacer las bodas y las comuniones.

PACIANO.- Todo el mundo está esperando que llegue esta estación para saber quién se casa. Bueno, menos los afortunados.

QUETI.- Es cuando Doña Nicolasa tiene más trabajo, porque Doña Nicolasa es la que hace los bollos del pueblo y con tantos encargos... pues yo la ayudo con el reparto, así me llevo alguna perrilla y algún que otro bollo a casa.

LIDIA.- En primavera uno está como raro, yo no sé si será el olor del campo o la vista del campo reventando de colores o qué, el caso es que uno está como contento y triste a la vez y es un sin vivir de suspiros para desahogarse.

QUETI.- Las noches de primavera son las que más estrellas tienen, a veces me paso rato viéndolas cómo caen y desaparecen; pero nunca cuento las estrellas, porque dicen que salen verrugas y ya lo que me faltaba: «la verrugas».

COSME.- En primavera el pueblo recupera el color y la vida, y es que en primavera hasta este pueblo está bonito.

Escena XXXIV

NIQUE.- Me iba con el padre al infierno. Él me tenía atado con una cuerda de la mano. Ibamos en la Veloz, montados en el techo, y el padre tal llevaba las riendas como si fuéramos en el carro de la paja, y en vez del macho iba tirando Juan, que era el primero que iba a ir al infierno, por no ir a misa nunca y por significarse, y entonces llegó Lidia que me traía la merienda, y me puso en una mano un cacho de pan lleno de tierra y en la otra mano un pájaro muerto con un alambre metido por los ojos. Y el padre tal me echó una cerilla en los pies y empecé a quemarme. Y me desperté porque me estaba meando.

JUAN.- Yo a ese tío lo mato.

LIDIA.- Dónde vas.

JUAN.- A hablar con el cura.

LIDIA.- Para quieto un momento, Juan. Qué le vas a decir al padre tal.

JUAN.- Decirle poco. Le voy a partir esa cara de buey que tiene.

LIDIA.- Juan, no se te ocurra tocar la puerta.

JUAN.- ¿Qué pasa, que te parece bien? ¿Eso es la catequesis? ¿Asustar a un crío con el infierno para que tenga pesadillas?

LIDIA.- Eso son cosas del chico. El cura les habrá contado alguna historia y el chico ha soñado.

JUAN.- Lo de que yo me estoy significando te lo ha oído a ti.

LIDIA.- Yo nunca he dicho eso.

JUAN.- Lo ves. El cabrón del cura.

LIDIA.- Pero es que es verdad. No sólo no vas a misa sino que a la hora de misa, en vez de estarte en casa quieto, te vas a pasear, y a la salida nos topamos contigo. Si quieres encontrarte con alguien podías hacer el esfuerzo y entrar en la iglesia. Adónde vas.

JUAN.- Al monte.

Escena XXXV

NIQUE y COSME hablan mientras tiran piedras a la poza, para que reboten. COSME todavía tiene marcas en la cara de los golpes recibidos.

NIQUE.- ¿Y aprendiste a doblar la mano para pedir limosna?

(COSME no responde.)

Yo se lo he visto hacer al portugués y lo hace muy bien. Yo creo que no valdría, pero es que si pasan días sin vender nada, de algún sitio tendrán que sacar. La que estaba rarísima era la Queti. Porque lo de tus padres era normal. Los mayores siempre andan diciendo que si te van a partir el alma y que si te van a majar a palos. Pero a la Queti le dio por meterse en la iglesia que parecía que se iba a quedar dentro. Como se creía que era tu novia y luego empezó la gente con lo de la portuguesa, pues eso. ¿Tú ya no eres novio de la portuguesa?

(COSME no contesta.)

Oye. ¿Y por qué has vuelto tan pronto?

(COSME no contesta.)

¿Cómo te rompieron el diente?

COSME.- Con la culata del máuser. Me pusieron a caldo. Me dieron golpes hasta que les faltaron las fuerzas.

NIQUE.- Yo pensaba que cuando lo decía era por exagerar.

COSME.- ¿Quién?

NIQUE.- El forestal. Dice que como pille a alguno con lo que no es suyo lo muele.

COSME.- El forestal no sé si tiene autoridad, pero la pareja es la pareja, y a la Guardia Civil no le tose nadie.

NIQUE.- ¿Y tú qué habías hecho?

COSME.- Nada. Bueno, nada malo. Llevaba leña y no llevaba papeles. Es que no se puede coger leña, la leña es de los árboles, y los árboles son de la marquesa viuda. Aunque sean ramas secas no se pueden coger.

NIQUE.- No. Si ya me lo explicaron. No hace falta que me lo expliques porque ya me lo explicaron. Oye, ¿y por qué has vuelto tan pronto? (**Tira piedras.**)



Escena XXXVI

QUETI canta para escucharse, mientras trabaja¹.

COSME.- Yaiza.

QUETI.- ¿Tú cómo sabes eso?



¹ La actriz Asu Rivero cantaba esta endecha canaria: «Dijiste que me querías/ con tu dulce amable boca/ ni muerto me olvidarías/ y a vueltas ya hablas con otra./ Ojos míos no lloréis/ lágrimas tened paciencia/ que el que nace desgraciado/ desde la cuna encomienza».

Escena XXXVII

QUETI.- Tía, le meto las mantecadas en la caja de latón para que no se le sequen. ¿Me puedo comer una?

REMEDIOS.- Calla y escucha.

QUETI.- Y yo callada y escuchando.

REMEDIOS.- «La violencia de nuestra guerra civil llevó a un grupo de sectarios a destrozarse la Santa Iglesia Catedral... etc, etc...» Y aquí.

QUETI.- Y yo, callada y escuchando.

REMEDIOS.- «Los labradores de España son los más obligados, en esta era de paz y reconstrucción... Y lo más importante...»

QUETI.- Y yo, callada y escuchando.

REMEDIOS.- «Dios sabrá devolvernos cien por uno y el Santo seguirá siendo nuestro valedor». Firmado, el presidente del consejo superior de las cámaras oficiales agrícolas de España y secretario mayor de la cofradía de san Isidro Labrador.

QUETI.- Sí tía sí. Pero ya me dirá usted cómo se les ha metido en la cabeza que ayudemos a arreglar una iglesia de Madrid con lo lejos que cae.

REMEDIOS.- Hija pero si es la iglesia catedral del patrón de todos los labradores. Pues yo por si acaso voy a hacer una donación a las obras de San Isidro y la voy a hacer en tu nombre. ¿Qué te parece un duro?

QUETI.- Se lo agradezco, tía, de verdad, pero se lo agradecería mucho más si me lo diera usted a mí.

(**Entra en la casa BERTA.**)

BERTA.- Buenas tardes, tía Remedios. Buenas por decir algo. Vengo a verla con un encargo muy malo, tía.

REMEDIOS.- Anda hija, siéntate que no tienes fuelle.

BERTA.- Lo que no tengo son ganas de nada, tía. Verá. Me manda la señora Marcelina... que cuando ha entrado en la cuadra hace como una hora se ha encontrado a su marido el señor Elicio colgado de una viga. Crea usted que todavía no me lo creo. Y me ha mandado llamar a mí la primera para que hablara con usted, a ver si por su intercesión se pudieran arreglar las cosas con don Jaime. Y le deja entrar en el cementerio. Todavía no se lo ha dicho a nadie. Tanto que ni lo ha descolgado del palo. Y no piensa descolgarlo hasta que no le lleve respuesta.

QUETI.- Mi tía no dice nada, pero yo sé lo que estaba pensando.

REME y QUETI.- Qué tendría en la cabeza ese hombre, si con haber esperado un par de inviernos ya lo hubiera hecho el Altísimo por él.

QUETI.- Tía, ¿echo una carrera adonde don Jaime?

REMEDIOS.- No.

QUETI.- Lo primero fue una salve.

REMEDIOS.- Para que nuestra Señora nos diga lo que hemos de hacer. Si ha estado colgado una hora bien puede aguantarse un rato más.

(Se ponen las tres de rodillas en torno a la mesa camilla y rezan una salve. QUETI, nerviosa. BERTA, aguantando las lágrimas. REMEDIOS, la pía, esperando la inspiración divina.)

BERTA.- Tardaron un día entero en descolgarle. Sus hijos se le llevaron a Villanueva y allí le enterraron. Fuera del cementerio.

Escena XXXVIII

PACIANO.- El tremesino y el maíz forrajero se pueden sembrar en abril.

ERNESTO.- Sí, el año viene templado. De momento en junio y julio hay bastante trabajo para todos. En junio segamos la cebada y el centeno, y en julio, si Dios quiere segamos el candeal. El año que viene sembraremos menos candeal y más centeno.

PACIANO.- Necesitaremos más gente para junio y los tendremos desocupados en julio.

ERNESTO.- Pero lo gano en la entrega: con una hectárea saco seis fanegas de trigo y en cambio, sembrando centeno, saco veinte fanegas.

PACIANO.- También será más barato

ERNESTO.- Mira, el trigo me lo pagan a 1.968 por tonelada, y la de cebada a 1.045. Ya lo he calculado: por cada hectárea de trigo gano seiscientos cincuenta y cinco pesetas, y con cada hectárea de cebada gano mil ciento sesenta. Quinientas pesetas limpias de beneficio.

PACIANO.- ¿Y la gente?

ERNESTO.- La gente cuesta poco. Ah, lo dices por los del pueblo. Bueno, ya se arreglarán. Pero hay que pensar también en los demás. Aquí habrá menos trabajo pero en otros sitios habrá más. En los molinos tienen más harina, y como luego se mezcla toda, hay más pan. En las ciudades con tal de matar el hambre les da igual si el pan lleva cebada o demonios. Además, quiero comprar una aventadora y tendré que amortizar el gasto. Para julio, he hablado con los de la ciudad, les he encargado que traigan una máquina de esas que van a gasolina.

Escena XXIX

BERTA y LIDIA le están probando a QUETI un vestido de novia. Le prenden alfileres, le ponen puntillas, meten los dobladillos. En fin hacen algunos arreglos en un sencillo traje blanco que más parece de primera comunión que de boda y que desde luego es de segunda o tercera mano.

QUETI.- No sé para qué trabajáis tanto si luego el cura me va a decir que si voy de blanco no me casa.

LIDIA.- Eso ya lo veremos.

QUETI.- No, si a mí me da lo mismo. Pero me fastidia que tenga que ser mi tía la que más le malmeta.

BERTA.- No la tomes con la tía que toda la culpa no es suya.

LIDIA.- Lo que no se sepa aquí y no se comente. Y eso que yo soy una tumba. Cuando me lo dijo no me lo podía creer. ¿Pero y a ti qué te pasa? ¿Es que te has vuelto tonta? ¿Y ella? No me engañes, que esta es la vez que más me está faltando mi madre y por eso estoy aquí. ¿Pero es que a ti te parece que te regañan por gusto? Mujer, si hay que arreglártelo se te arregla, pero ya sabes que tiene su peligro. Calla, Lidia, no digas eso. Si yo lo que quiero es tener el chaval. Y aquí estamos. La ley... Ese jodió Cosme. Cada vez que lo pienso. Y yo me creía que después de la perrería que te había hecho ya no le volvías a mirar a la cara.

QUETI.- Ahí fue cuando me di cuenta de todo. Entonces se lo prometí a la Virgen. Le dije, si me lo traes a casa con bien nunca más le volveré a decirle que no.

BERTA.- ¿Eso le dijiste a la Virgen?

QUETI.- Sí, y tenía que cumplir la promesa.

LIDIA.- Ya. Menudo sacrificio.

QUETI.- Tengo pensado dar cena.

BERTA.- ¿Cena? No sé con qué.

QUETI.- Para los que vamos a ser, ya lo tengo decidido. Mato los pollos que me quedan y los hago en pepitoria.

LIDIA.- ¿Y tu padre qué dice?

QUETI.- Mi padre no dice ni mu. Cuando ya no me quedó más remedio que contárselo creí que de ésta sí que me mataba, y ya ves. Ni tocarme. Si cuando yo te digo que estaba deseando que me largara. Ya le daba igual. Con Cosme o con el que fuera. Los hombres son más raros.

LIDIA.- Los hombres son como son. ¿Y Cosme?

QUETI.- ¿Qué pasa?

BERTA.- ¿No se lo has dicho?

QUETI.- ¿Lo de matar los pollos? Pues no. Son mis pollos. Los he criado yo y si quiero ponerlos de cena no sé quién va a quitarme.

LIDIA.- Mal empiezas.

QUETI.- ¿Son míos o no son míos?

LIDIA.- ¿Tuyos? Pero tú estás tonta. Los pollos son de tu padre mientras vivas en su casa. Pero para que vayas haciéndote a la idea ya es como si fueran de tu marido. Como todo lo tuyo. ¿O qué te has creído? ¿Tú te has creído que a partir de ahora vas a seguir corriendo los montes como si fueras una cabra y haciendo negocios con el portugués cuando te dé la gana?

QUETI.- Al portugués ni me lo nombres.

LIDIA.- Que parece mentira que con los palos que te ha dado tu padre estés tan malcriada. Pues las cosas han cambiado, bonita, que cuando una se casa lo que el hombre decide va a misa, y si te parece bien, pues bien, y si te parece mal, pues a aguantarse. Y más tú, que dentro de dos días estás con una criatura y viviendo en casa de tu suegra.

BERTA.- Mujer, no seas tan burra.

LIDIA.- ¿Te crees que a mí me hace gracia decirle estas cosas? Pero alguien tendrá que hacerlo, digo yo. Así que ya lo sabes. A tí te va a tocar llorar mucho, que tú todavía no sabes lo que es llevar una casa y decir a todo que sí y levantarte la primera por la mañana y marcharte la última a la cama. Porque es cosa de la mujer que todo esté en su sitio y si no hay que darle de comer al niño pues hay que buscarlo, lo que sea. Y no se te ocurra poner una mala cara, que lo mismo que te pegaba tu padre puede pegarte tu marido, que para eso es el hombre.

(A medida que va hablando LIDIA va perdiendo los nervios y empieza a llorar.)

BERTA.- Lidia, Lidia, ¿qué te pasa?

LIDIA.- Le estoy diciendo la verdad. ¿O no? ¿No quería casarse? Pues que se entere.

QUETI.- ¿Y tú no quieres casarte?

LIDIA.- Yo qué sé. Yo estoy harta. Ya no sé ni lo que quiero ni lo que dejo de querer. Tanto bregar y tanto calentarse la cabeza ¿y para qué?

BERTA.- Anda mujer. Lloro a gusto. Si las cosas son como son y qué vamos a hacerle.

QUETI.- No digas eso.

(QUETI se acerca a LIDIA y le limpia las lágrimas con un pañuelo. Se abrazan.)

LIDIA.- Perdona. Es que no sé qué me pasa. Tengo un nudo aquí.

QUETI.- (Lleva la mano de LIDIA a su vientre.) Yo no puedo llorar. No puedo darle disgustos.

LIDIA.- Pero qué loca. **(Va a un aparador y saca un atadizo de hierbas. Rebusca y separa dos rosas de Jericó.)** Es la flor del parto. Se pone en agua cabe la parturienta y si se abre es que todo va a ir bien. Para ti tengo dos. Una te la quiero acercar ahora y la otra para cuando llegue.

(LIDIA introduce la flor seca en un vaso grande de agua y se lo acerca al vientre de QUETI. La flor se abre.)

QUETI.- Será una niña.

REFRANES

PACIANO.- Por San Vicente, toda agua es simiente.

JUAN.- Si llueve por Santa Bibiana, llueve cuarenta días y una semana.

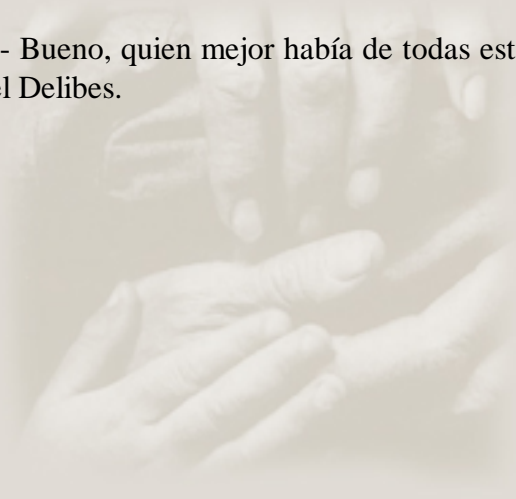
COSME.- Marzo marceador, de noche llueve y de día hace sol.

LIDIA.- Agua por San Juan, quita vino aceite y pan.

QUETI.- Dicen que si el cielo de los pueblos está tan alto, es porque lo ha levantado el campesino de tanto mirarlo.

COSME.- Lo que se echa de menos es un sentido, un orden...

BERTA.- Bueno, quien mejor había de todas estas cosas es Don Miguel Delibes.



Escena XL

Cita de origen¹

NIQUE.- El día de mi santo, el dos de junio, salió el norte y el tiempo se volvió un cuchillo. No se podía uno estar quieto fuera de casa, porque le cortaba el frío. Vinieron a casa Paciano, Cosme y Berta. Yo me fui a acostar porque veía que no estaba el horno para bollos, pero les oía desde la cama.

(Ya de noche cerrada. En la casa, LIDIA y BERTA, PACIANO, COSME y JUAN.)

COSME.- Hasta los grillos parece que no se atrevan a cantar. Desde que amainó el viento ya no se puede aguantar.

BERTA.- Está como boca de lobo.

JUAN.- Yo te acompaño luego a casa.

BERTA.- No, si no tengo miedo más que de resbalar, porque con este frío ni las alimañas van a salir.

JUAN.- Las alimañas vendrán, con este frío no tienen más remedio que bajar a buscar lo que sea, hay que andar con cuidado.

COSME.- Sale la luna.

LIDIA.- Esto va a ser una helada del demonio.

(El perro comienza a ladrar. Los muchachos se revuelven en la habitación como si intuyeran el ataque de algo superior.)

¹ Cuando se planteó la necesidad de esta escena, la helada como *deus ex machina* que termina de decidir el futuro de aquellos jóvenes, se planteó que no tenía sentido escribir una escena original, conociendo la magnífica escena de la novela *Las ratas*, de Miguel Delibes. Adaptamos aquella escena, y ello nos permitió rendir un homenaje al escritor de quien habíamos bebido un castellano tan verdadero como la tierra que pisan los labradores. (N. del A.)

JUAN.- ¿Qué le pasa al moro?

LIDIA.- Lo que tú has dicho, olerá alguna raposa que se está queriendo acercar.

PACIANO.- Nada de raposas. Es por el hielo.

JUAN.- Cagüen sos.

PACIANO.- ¿Quieres fumar?

JUAN.- Bueno.

PACIANO.- Cosme.

COSME.- Gracias.

LIDIA.- Brillan las estrellas como si se fueran a caer.

JUAN.- Como no se calle el moro voy a salir y lo majo a palos.

LIDIA.- Ni se te ocurrirá tocar al moro. El moro le está ladrando al helor, el animal no tiene culpa.

JUAN.- Ni nosotros.

LIDIA.- Así ha de ser.

JUAN.- Cagüen sos.

LIDIA.- Y a ti te voy a lavar la boca con jabón de aceite.

JUAN.- Cagüen la virgen.

BERTA.- Juan.

(COSME se prepara para salir.)

JUAN.- ¿Marchas?

COSME.- Ahora vengo.

(Se oye un aullido de dolor del perro, producto seguramente de una patada.)

BERTA.- Pobre animal.

LIDIA.- Esto no es normal. Esto es como un castigo.

(COSME vuelve a entrar. Se queda callado, cerca del fuego, sin perder de vista la ventana.)

PACIANO.- No es normal pero pasa. A mí me contó el Eligio que en paz descansa, que en el año veinte heló en junio, con la caña ya bien levantada, y en cuatro horas se echó a perder toda la labor del año.

COSME.- En cuatro horas.

BERTA.- Ya, pero es lo que digo: eso es una vez, eso es un hecho histórico.

LIDIA.- Un hecho histórico es lo de Viriato. Esto es que cuando cae, cae y no queda más que joderse.

PACIANO.- Se quedaron quemadas por las puntas como si hubiesen pasado una tea por encima.

JUAN.- Marcho.

BERTA.- ¿Adónde vas?

JUAN.- A ver como hiela. A joderme viendo donde va la faena y a pensar en el hambre que nos va a tocar pasar.

BERTA.- Tampoco es eso...

JUAN.- Ya me dirás. (Sale.)

LIDIA.- A estas horas todo lo que sea de huerta lo podemos dar por olvidado. Y el candeal.

PACIANO.- Si se levanta un poco el norte también pudiera ser que se llevara el helor, o que por lo menos durase menos, y lo mismo se salvaba.

LIDIA.- Como no sea así, adiós jornales para todos.

BERTA.- Pero en estos días ha venido mucho el norte, puede venir esta noche.

COSME.- Hoy no viene. Está de Dios.

LIDIA.- Dios, Dios.

BERTA.- Anda, Queti, cántanos algo.

PACIANO.- Sí, canta; lo que sea será.

(**QUETI comienza a cantar y poco a poco todos la siguen.**
Entra JUAN, su hermana le echa una manta por encima.)
mencionar la copla.

JUAN.- ¿Eso es todo lo que se os ocurre? ¿Alborotar como niños chicos cuando la escarcha se lleva la cosecha? Las espigas se doblan como si fueran de plomo.

LIDIA.- Trae que te echo una manta por encima.

JUAN.- Aquí ya no queda nada que hacer. Esta helada ha sido como si nos dieran el salvoconducto.

LIDIA.- Cállate.

JUAN.- A este pueblo se lo va a comer la miseria.

LIDIA.- Cállate.

JUAN.- Me callo.

BERTA.- Parece que se oye aire. Como si se fuera a levantar aire.

PACIANO.- No.

JUAN.- Es como si la tierra nos escupiera a los ojos. Estamos muertos.

PACIANO.- Muertos, no. Pero nos estamos desangrando poco a poco.

Escena XLI

REMEDIOS.- Me pregunto si yo tuve la culpa. **(Lee.)** Querida Remedios: espero que al recibo de la presente se encuentre usted bien. Nosotros todos bien, gracias a Dios. El motivo de la presente es para comunicarle que ahora que termina sus estudios mi Narci se nos casa este mes de Junio, Dios mediante, con una chica de aquí, después de dos años de estar novios. Mi futura nuera, que es ya como de la familia, tiene muchas ganas de conocerla porque el Narci le ha hablado mucho de usted, y de su prima Berta. Los pobres padres de Bertita ya sabemos que están muy delicados para viajar, pero usted y a la chica sí que nos gustaría que compartieran con nosotros este momento de felicidad, que lo es tan grande para todos nosotros, y más ahora que el muchacho ya está colocado como quien dice. Esperamos noticias tuyas y que sigan todos bien.



Escena XLII

Junto al portón del patio. Dentro, la boda.

JUAN.- Se ha mareado.

PACIANO.- Si es que es un animal.

JUAN.- Pobre chaval. Han sido los nervios.

PACIANO.- Y la bebida, que no tiene costumbre.

JUAN.- Y la comida, que tampoco.

PACIANO.- Va a sobrar comida.

JUAN.- Ya verás como no.

PACIANO.- Bebida sí que va a sobrar.

JUAN.- Pues por mí que no quede.

PACIANO.- Ni por mí.

JUAN.- *Gloria in excelsis deo.*

PACIANO.- ¿Qué?

JUAN.- Ahora que te veo y no te veo, *Gloria in excelsis deo.*
Adentro.

PACIANO.- Adentro. Nos va a sentar mal.

JUAN.- Morirnos no creo que nos vayamos a morir.

PACIANO.- Ahí tienes razón.

**(Saca la botella que tiene a su espalda y llena los vasos.
Beben.)**

JUAN.- Pues de bodas se hacen bodas.

PACIANO.- Pues eso dicen.

JUAN.- Pues a ver.

PACIANO.- ¿Y tú?

JUAN.- ¿Yo?

PACIANO.- ¿Qué piensas hacer?

JUAN.- ¿Con qué?

PACIANO.- Si me caso.

JUAN.- Quieres decir, si te atreves a decirle algo a mi hermana.

PACIANO.- Hombre...

JUAN.- Hombre no le digas. Aunque no te digo que no; yo creo que aunque le dijeras ahí te pudras, te metía de cabeza en la iglesia.

PACIANO.- La verdad es que hay veces que me creo que ya estamos casados.

JUAN.- Ya quisieras tú y librarte de la que ha pasado éste.

PACIANO.- No, si no digo eso.

JUAN.- Es que con tanto vino al final no dices nada.

PACIANO.- No que no. Que lo que quiero decir es que parece que nos casamos hace años, que parece que nunca hemos pensado que pueda ser distinto.

JUAN.- Ni nadie. Vosotros sois vosotros, o sea, Lidia y Paciano.

PACIANO.- ¿Y si nos hemos equivocado?

JUAN.- ¿Qué te vas a equivocar? Mira que estás hablando de mi hermana, que es lo mejor del mundo. A ver si te doy dos hostias.

PACIANO.- Si no lo digo por ella. Lo digo por mí.

JUAN.- Tú lo que tienes que hacer es ser menos sieso. Y bailar cuando se baila, y beber cuando se bebe. Pero ahora no te pongas a bailar.

PACIANO.- Si no bailo.

JUAN.- Pues no te muevas.

PACIANO.- Si no me muevo.

JUAN.- Pues no bebas más, Paciano, que te va a sentar mal.

PACIANO.- Bueno, esta, por lo menos.

JUAN.- Nos bebemos esta y te vas a sacar a bailar a mi hermana.

PACIANO.- Y tú a Berta.

JUAN.- No me jodas.

PACIANO.- ¿No?

JUAN.- Bueno, no sé.

PACIANO.- Pues yo no te voy a tener de carabina.

JUAN.- Si ya sé que cuando os caséis no voy a tener sitio en el pueblo.

PACIANO.- Eso que dices es una cabronada.

JUAN.- Ya me dirás. A dormir al raso porque si te atrevieras a decirle ahí te pudras a mi hermana al que no le dices las verdades es al falangista ese, al remolacha.

PACIANO.- ¿Y qué quieres que haga?

JUAN.- Pues no hacerle el trabajo sucio, que al final eres tú el que da la cara con la gente y un día te la van a partir.

PACIANO.- Es mi trabajo.

JUAN.- Eso es. Es tu trabajo. Pero eres un peón, no eres el dueño de la estancia, que pareces el dueño. Vamos, casi pereces la marquesa viuda.

PACIANO.- Lo peor que tienes es el beber, Juan. Tienes el vino amargo.

JUAN.- Es para tenerlo.

PACIANO.- No me parece. Podías ir a sacar a Berta que bailase un pasodoble, que bien que le gusta bailar.

JUAN.- Pues a ti no te digo nada.

PACIANO.- Yo guardo el luto.

JUAN.- Pues por lo menos cuéntale un chiste. Vamos dentro, venga.



Escena XLIII

**En la fiesta de bodas. PACIANO se ha puesto a bailar.
JUAN se acerca a BERTA.**

JUAN.- A lo mejor es un día histórico.

BERTA.- ¿Y eso?

JUAN.- El Paciano va como un *páncer*.

BERTA.- ¿Qué es un *páncer*?

JUAN.- Un tanque que va como un tren y que no nota ni las piedras ni las cuestas, ni nada. Míralo. Enfilao, que va. Como las reses. Ha bebido tanto vino que a lo mejor hasta saca a mi hermana a bailar.

BERTA.- Eso ya sería un milagro. Pero lo de que ha estado bebiendo sí que me lo creo. Y que no andaba solo.

JUAN.- Pero no tiene costumbre.

BERTA.- ¿Tú sí?

JUAN.- En la mili se acostumbra uno a beber. En el cuarto de guardia te dan para aguantar el frío.

BERTA.- Nunca hablas de eso.

JUAN.- Ya no me acuerdo. A que no bailas.

BERTA.- ¿Esto?

JUAN.- Bueno, pues luego. Pero luego no andes contando que no te ha sacado a bailar nadie.

BERTA.- Valiente cosa.

JUAN.- Otro asunto es que te saque uno que quieras que te saque.

(BERTA se pone digna. No contesta.)

Pero seguro que llevas toda la noche diciéndole que no a los mozos, que es lo que os gusta a vosotras. Mira el Paciano, que se va a poner a bailar y se va a casar y me voy a quedar solito como un perro. Justo ahora. Con lo complicada que es la primavera...

BERTA.- El qué.

JUAN.- Pues nada, eso, bailar, y pasar el calor y beber agua...

BERTA.- O vino.

JUAN.- Hombre, mejor vino, donde va a parar.

(BERTA ríe.)

Lo ves, se bebe un poco y luego se baila. Si ahora se ve, se les ve a las bestias, se ve a los pájaros, que vuelan juntos los machos y las hembras y hacen dibujos en el aire, y luego cuando se posan se acercan.

BERTA.- ¿Qué haces?

JUAN.- Pues nada, si era sólo lo que te estaba diciendo, que van los pájaros y vuelan juntos y luego se posan...

BERTA.- Estate quieto.

(Le da una bofetada. Silencio.)

JUAN.- Perdona.

(JUAN se va. Los otros han dejado de bailar y se han quedado mirando a BERTA.)

Escena XLIV

Los hombres, sentados o de pie, en derredor de la máquina.

COSME.- ¡Cómo brilla!

PACIANO.- Las mujeres, que la han limpiado como si fuera el San Pedro de la iglesia de arriba.

JUAN.- Ahora, con la máquina esta, sobramos la mitad.

COSME.- Seguiremos haciendo falta.

JUAN.- Cuando quiera el amo.

COSME.- Pues como siempre.

PACIANO.- Y se va a perder grano, ya lo verás.

COSME.- Se perderá un poco, no te digo que no, pero esto es el progreso, la ciencia, para que la gente viva mejor.

(**JUAN** agarra un azadón y se va para la máquina. **El BRUSCO** se da cuenta de lo que va a hacer y lo abraza para pararlo. **JUAN** se intenta zafar como una fiera. **COSME** ayuda al **BRUSCO** y consiguen tirarlo al suelo y quitarle la azada de las manos.)

Escena XLV

JUAN, en el centro, con una maleta en una mano y un pañuelo atado en la otra. Deja ambas cosas en el suelo y se dispone a esperar.

Los actores a sus grupos de espectadores.

LIDIA.- Juan se fue del pueblo. No quiso que le acompañase nadie.

BERTA.- Un día, con el alba, lo vimos pasar, con un atadillo en una mano y una maleta en la otra.

QUETI.- Según se iba alejando del pueblo parecía que se le iban borrando los colores de la ropa.

PACIANO.- Era como si el cuerpo se le fuera haciendo hilachas. No volvió la cabeza en ningún momento.

COSME.- A Juan le gustaba mucho levantarse al alba para ver el campo. Hay una hora en que la niebla se levanta del suelo muy poco a poco.

LIDIA.- El helor ha dejado en los campos una luz blanca y rara, como un baño de leche.

(Los actores callan y miran a JUAN. Este enciende un cigarrillo.)

ELENA.- El abuelo Juan no ha vuelto nunca. Dijo que lo había jurado por San Buenaventura.

ESPERANZA.- El invierno pasado, estábamos comiendo un día en casa y de pronto dijo una palabra mágica: zaquizamí.

LUIS / JESÚS.- Dijo que tenía un polluelo de águila en el zaquizamí, y que tenía que volver al pueblo.

EUGENIO.- Buscamos zaquizamí en el diccionario y es el doblado de las casas, el desván.

BARDE.- Al día siguiente el abuelo se marchó. Lo recogió la Guardia Civil de Tráfico esa misma noche.

ASU.- Iba andando por la M-30 y decía que iba al pueblo, que tenía que llegar para San Bernabé.

Vale



LAS MANOS

Ficha artística y técnica



Entrevistas



Premios



Ficha artística y técnica



Las Manos es la historia de una generación de jóvenes cuya vida transcurre en el campo.

Las Manos es una indagación temática y lingüística inhabitual en nuestra nueva dramaturgia.

Las Manos es un rescate de la memoria familiar. Es el encuentro de las jóvenes generaciones urbanas con la historia de sus antepasados cercanos, con aquellos hombres y mujeres que dejaron sus pueblos en los años cuarenta y perdieron para siempre el lazo con la tierra; que perdieron, en buena medida, la memoria de los suyos.

Esta historia, que se desarrolla a lo largo de un año, sigue el paso de las estaciones y los cambios que éstos producen en la vida de los personajes.

Es verano, las fiestas, el calor, tiempo de aventuras amorosas y echarse novia.

El otoño, la naturaleza indica que la vida se adormece, el trabajo escasea, la gente piensa en marcharse y buscar perspectivas.

Invierno, la estación más dura, la estación de las muertes, los jóvenes ven cómo sus mayores se van y se preguntan por el sinsentido de una vida entregada al trabajo sin ningún fruto.

La primavera, las bodas y comuniones, los nacimientos, vuelve la vida, las parejas piensan en el futuro.

Un futuro que rompe la llegada de la máquina; ahuyenta el trabajo y roba la comida. Aquí no hay futuro.

CUARTA PARED

compañía de teatro

gira 2002-2003

Las Manos

Trilogía de la Juventud I

Ficha Artística y Técnica

Autores

JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ
YOLANDA PALLÍN
JAVIER G. YAGÜE

Intérpretes

AUDREY AMIGO
JESÚS ASENSI
ESPERANZA ELIPE
FÉLIX ESTAIRE
EUGENIO GÓMEZ
ASU RIVERO

Personajes

BERTA/NIQUE
PACIANO/EL BRUSCO
LIDIA/TÍA REME
JUAN/EL CURA
COSME/ABELCRÍN
QUETI

Espacio escénico e iluminación

JUAN SANZ Y MIGUEL ÁNGEL COSO

Personal Técnico en Gira

EDUARDO VIZUETE
JAIME BUSONS

Música

LA MUSGAÑA

Vestuario

CUARTA PARED

Producción

CUARTA PARED

Dirección

JAVIER G. YAGÜE

Espectáculo producido por la Compañía Cuarta Pared en colaboración con la Consejería de las Artes de la Comunidad de Madrid. Compañía asociada a Antemad.

Comunidad de Madrid
CONSEJERÍA DE LAS ARTES
Ministerio de Cultura y Turismo



Trilogía de la juventud es el repaso a la evolución de los paradigmas que han definido a la juventud española del siglo XX y a la que ahora estrenamos el siglo XXI. Es una reflexión sobre el paso a la vida adulta en el contexto de la sociedad a la que se pertenece.

Las Manos muestra la España rural de los 40, jóvenes marcados por la represión y la pobreza, al ritmo perpetuo de las estaciones y la resignación. En **Imagina**, los protagonistas son unos chicos entusiastas inmersos en la utopía de los 70, que crecen al calor de una fábrica en el extrarradio de una gran ciudad, anhelos de libertad en una dictadura que toca a su fin. En **24/7**, última producción del ciclo, son jóvenes contemporáneos y absolutamente urbanos que consumen tecnología y ocio, que miden con otros parámetros el transcurso natural del tiempo: la vida no tiene cierre.

El extraordinario éxito de la Trilogía (hasta la fecha, más de 250.000 espectadores en más de cincuenta ciudades) lleva a pensar que este recorrido atravesará también a muchos jóvenes y no tan jóvenes espectadores de nuestros días.

Fechas de estreno

Las manos
23 de febrero de 1999
Imagina
1 de marzo de 2001
24/7
24 de octubre de 2002

Premios

Cuarta Pared

• Premio Max 2000 al mejor productor privado de Artes escénicas

Las manos

• Premio Max 2002 al mejor autor teatral
• Premio de la crítica teatral de Valencia como Mejor espectáculo de la temporada 2000/01
• El premio el Ojo Crítico de Teatro en 1999
• El premio La Celestina en 1999
• Premio Mejor espectáculo en la Feria de Huesca 1999
• Premio Mejor escenografía Premios ADE de Teatro 1999

Imagina

• Premio al Mejor montaje del año 2001 según los lectores de El País de las Tentaciones

INFORMACIÓN

COMPañÍA CUARTA PARED

ERCILLA, 17 - 28005 MADRID

TEL. 91 517 23 17

FAX: 91 517 11 44

cuartapared@cuartapared.es

www.cuartapared.es

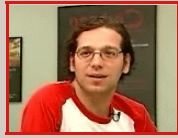
Entrevistas



Presentación



Queti



Cosme



Lidia



Paciano

Premios

V Premio Max de las Artes Escénicas al Mejor Autor Teatral 2002

Premio Max de las Artes Escénicas al Mejor Productor Privado

Nominación al Premio Max de las Artes Escénicas a la Mejor Escenografía

Premio Ojo Crítico de Teatro 1999

Premio La Celestina de Teatro 1999

Premio Mejor Espectáculo Feria de Huesca 1999

Premio Crítica Teatral de Valencia como Mejor Espectáculo 2000/2001

LAS MANOS - Entrevistas

Presentación



-
- <http://www.cervantesvirtual.com/obra/las-manos-presentacion--0/>

LAS MANOS - Entrevistas

Queti



-
- **Queti**
 - http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221397_las_manos_queti/
 - **Alegría**
 - http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221397_las_manos_alegría/
 - **Espectáculo con alma**
 - http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221397_las_manos_alma/
 - **Siempre distinta**
 - http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221397_las_manos_distinta/

LAS MANOS - Entrevistas

Cosme



-
- **Cosme**
 - http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221398_las_manos_cosme/
 - **Experiencia maravillosa**
 - http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221398_las_manos_maravillosa/
 - **Distintas ilusiones**
 - http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221398_las_manos_ilusiones/

LAS MANOS - Entrevistas

Lidia



- **Lidia**

- http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221399_las_manos_lidia/

- **Mi abuela**

- http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221399_las_manos_mi_abuela/

- **Magia del teatro**

- http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221399_las_manos_magia/

LAS MANOS - Entrevistas

Paciano



-
- **Paciano**
 - http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221400_las_manos_paciano/
 - **Gente joven**
 - http://www.cervantesvirtual.com/portales/cuarta_pared/221400_las_manos_gente_joven/